

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA.

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.
UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Las plagas de Egipto en Madrid (costumbres).—Otros procesos formados á consecuencia de la sedición militar del 7 de octubre.—El marqués de Valde-Espina.—Cuatro catedrales de Inglaterra.—La princesa de Asturias (novela) conclusion.—Breves reflexiones acerca del coquetismo.—Boletín bibliográfico.—Reseña de las órdenes militares; Condecoraciones (artículo sexto).—Parte histórica; La batalla de San Quintín y el real sitio de San Lorenzo Batalla de las Naxas de Esquiroz.—Aguas termales.—Mosáico.—Efemérides españolas del siglo XIX.—Logogrifo; solución del inserto en el número anterior.

Este número lleva nueve grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. La Asamblea, después del nombramiento de la comisión permanente que ha de vigilar la observancia de la constitución durante los tres meses de próroga que se ha decretado, ha discutido breve y ligeramente los presupuestos. Gran parte de los representantes del pueblo han partido á las provincias; los legitimistas han partido al extranjero á rendir un homenaje de respeto al duque de Burdeos.

El orden público parece que se afirma, y que la Francia entra plenamente en la convalecencia; empero los partidos se avienen mal con esta misma calma, con este orden, con la prosperidad de que se empieza á disfrutar, y como si la gloria solo estuviese unida á los desastres públicos se nota gran movimiento en aquellos. Ocho días hace que no se notan mas que coaliciones, manifestos hostiles, y verdaderas declaraciones de guerra. Por su parte el gobierno tambien se fortifica, se arma para entrar en campaña, y la sociedad toda presenta un aire resuelto y siniestro *cual si Catilina estuviese á las puertas de Roma*. El presidente se propone recorrer los departamentos, y reanimar el espíritu público á favor de su persona. No creemos pase mucho tiempo sin que sobrevengan grandes sucesos en la vecina república.

Tambien en Inglaterra se van á prorogar las cámaras. Después de la gran discusión que hubo en ellas sobre la cuestión que indicamos en la semana anterior, la admisión del diputado por Londres, Mr. Rostchild, la emancipación política de los israelitas ha dado un gran paso. La cámara de los Comunes, después de una larga y empeñada discusión, rechazó la moción de sir Roberto Inglis que tendia á declarar á Mr. Rostchild no elegible, resolviendo por una mayoría de 34 votos que debía prestar juramento sobre el Antiguo Testamento. En su consecuencia Rostchild se presentó á jurar, verificándolo sobre el Antiguo Testamento; empero al prestar el tercer juramento de supremacía que contienen las palabras *sobre la verdadera fé de un cristiano*, al llegar á ellas el baron se detuvo, omitió esta frase, atendido á que no podia ligar su conciencia, y terminó la fórmula del juramento en medio de los aplausos del partido liberal. Parecia que á Rostchild no le quedaba mas que ocupar su asiento en la Cámara; el presidente empero, le invitó á retirarse. Algunos diputados preguntaron por qué se hacia retirar al que acababa de prestar juramento y podia en consecuencia ocupar su sitio.

El presidente entonces hizo observar que Rostchild no habia pronunciado las palabras *sobre la verdadera fé de un cristiano*, y propuso que la cámara deliberase en su ausencia sobre esta omisión voluntaria. Sir Federico Thesiger, procurador general durante el ministerio de sir Roberto Peel, pidió que se considerase á Rostchild como dimisionario, por haber rehusado prestar un juramento obligatorio á todos los diputados, y que se mandase hacer nuevas elecciones á la ciudad de Londres. La discusión entonces degeneró en tempestad, y después de una lucha vivísima, en que tomaron parte varios distinguidos oradores, una mayoría de 104 votos, deshecho la moción de Mr. Page Wooth, tendente á permitir al baron Rostchild que tomase desde luego asiento en la cámara. A petición del

lord Jhon Russell, la discusión ha quedado aplazada para el jueves, á fin de que el procurador general pueda presentar una resolución motivada. No es dudoso que esta resolución tenga por efecto la esclusión de Rostchild, porque la mayoría que ha rechazado la moción para que tomase asiento se componia de torys y de ministeriales. Así lord Jhon Russell logra diferir esta cuestión hasta el año próximo, porque ya hemos dicho que las cámaras van inmediatamente á prorogarse.

La reina Victoria piensa recorrer varios condados de Inglaterra, haciendo desde luego un viage á Escocia.

La gran cuestión que llama hoy la atención del mundo, es la de los ducados de Schleswig y Holstein con la Dinamarca; cuestión de que tantas veces nos hemos ocupado en LA SEMANA; y que agotados los recursos de la diplomacia se ha apelado á la última solución, la de las armas. Después de combates parciales, han venido ambas partes á una batalla sangrienta,



El coronel Nardoni.

dudosa por espacio de muchas horas, hasta que al fin quedó la victoria por los dinamarqueses. La diplomacia, que hasta ahora habia hecho inútiles esfuerzos para impedir el conflicto armado, va á intervenir de nuevo para arreglar las consecuencias de esta derrota.

En esta cuestión dinástica hay algo mas que una querrela de sucesión; el equilibrio político del norte de Europa, y grandes intereses marítimos y comerciales están comprometidos en ella. Si el ducado de Holstein es un territorio alemán incorporado á la corona de Dinamarca, en cambio el ducado de Schleswig ha sido siempre una tierra dinamarquesa, y el Eider que separa los dos ducados ha sido en todos tiempos considerado como el límite extremo del imperio germánico, en otro tiempo el santo imperio romano. *Eydora Romani terminus imperii.*

El Austria continua en el camino de moderación que ha emprendido, habiendo concedido nuevos indultos á los desgraciados que habian tomado parte en la insurrección de Hungría.

El mariscal Radetzky, cuyas facultades mentales han sufrido grande alteración en estos últimos tiem-

pos, ya por lo avanzado de la edad, ya por los rudos trabajos á que se ha dedicado, va á ser reemplazado en el gobierno de Italia.

En Roma nada nuevo se habia hecho por el gobierno del Santo Padre, quien ha aplazado la celebración del consistorio anunciado para el mes de junio hasta mediados de setiembre. En este consistorio debia tratarse de las reformas políticas que convenia establecer en sus estados, y de la elevación al cardenalato de varios prelados de la cristiandad, pero habiendo reclamado la Francia que se aumentase el número de estos, igual reclamación han hecho otras potencias católicas, y el negocio se ha diferido.

Aunque hay orden material en Roma, el partido republicano hace sentir de vez en cuando sus efectos, habiendo estado á punto de ser asesinado el teniente coronel Nardoni, jefe que fué de la policía en la época de Gregorio XVI. El asesino fué preso por el mismo Nardoni, á quien dirigió el golpe á la garganta, en los mismos términos que lo habia hecho el asesino de Rossi, tratando de cortar la arteria carótida.

Las grandes bandas de ladrones continúan en los alrededores de Roma.

El rey de Nápoles, que ha abolido la constitución en sus estados, trata de convocar un concilio de obispos, para someterles la cuestión de si es un caso de conciencia el haber procedido á tan grave medida. Parecia mas natural que el concilio hubiese precedido á tan grave disposición.

Interior. El duque de Rivas, nuestro embajador en Nápoles, ha desembarcado ya en Barcelona. Su presencia en Madrid será sumamente útil para que el gobierno pueda tomar sus disposiciones en la cuestión que con Nápoles ha suscitado el matrimonio contraído por el conde de Montemolin con la princesa Carolina.

Un gran suceso político, que debe tener grande influencia en el porvenir del país, ha ocurrido esta semana. El día 4 S. M. en uso de la regia prerogativa ha disuelto las cortes del reino; esas cortes, las mas largas que se han conocido en los diversos periodos constitucionales de España, porque han estado funcionando en diversas circunstancias y bajo diversos ministerios desde el año de 1846 hasta el día. En estas cortes el gobierno tenia una gran mayoría; empero como sobre ellas han pasado tanto sucesos, como han sido dirigidas por tantos ministerios, el gobierno que sabe que en los países constitucionales es preciso que los cuerpos colegisladores representen la opinion actual del país, ha apelado al fallo de este, y el día 31 del actual la nación nombrará sus nuevos representantes.

Grande es el movimiento electoral que se nota en Madrid y en todas las provincias. Los partidos se estrechan, hacen sus combinaciones, y todos tienen esperanzas de vencer, porque esto es natural en toda lucha. El gobierno ha publicado tambien una circular á todas las autoridades, encargándolas que protejan la libertad de los ciudadanos en la mas importante de las funciones que les concede la ley. Las nuevas cortes deberán reunirse el 31 de octubre.

Uno de los prelados mas ilustres de España, el reverendo arzobispo de Santiago, P. Velez, ha fallecido en una casa de campo de su diócesis donde se retiraba frecuentemente. Su mucha edad, y los trabajos que habia pasado en estos últimos tiempos hacian presagiar su próximo fin. Ha sido acometido de un accidente el día 2 de este mes, en el acto de rezar el rosario y al llegar á la letanía, cayendo en un profundo letargo que fué precursor algunas horas de su muerte. Esta ha sido sumamente sentida en su diócesis. El R. P. Velez pertenecía á la orden de capuchinos.

LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

(Continuacion.)

PLAGA OCTAVA.

La langosta.

«Deus induxit ventum urentem, et mane factus ventus urens levavit locustas, quæ ascenderunt super universam terram Egypti... innumerabiles quales ante illud tempus non fuerant nec postea futuræ sunt.»

Al llegar el coche á la puerta del ventorillo, adelantóse don Severo y se trabó el siguiente diálogo entre el auriga y él:

—¿Quiere vd. llevarnos á Madrid?

—Sí señor, no hay inconveniente.

—Y bien, ¿cuánto quiere vd?

—Eso será según el parage adonde vds. vayan, y según el tiempo que tarden.

—Nos dejará vd. en la Puerta del Sol.

—¿Cuántos son vds?

—Tres.

—¡Tres! ¡tres! ... repitió el cochero, fingiendo grande asombro. No hay asiento sino para dos, y el caballo está muy fatigado, y, y... mi amo me reñiría si lo supiese.

—Hombre, por un caso extraordinario, añadió Alegrete, conociendo ya las intenciones del taimado:—se le gratificará á vd.

El cochero se rascó la oreja y balbuceó:

—Me comprometen vds., señores, me comprometen, y no quisiera comprometerme.

—Acabemos, repuso Pimienta, mirándole de reojo, ¿cuánto quiere vd?

—Lo menos tres napoleones, respondió el tuno con un metal de voz, en el que se traslucía la firme intención de no rebajar un solo maravedí á la cantidad pedida.

—Es mucho, contestamos los tres á un tiempo.

—¡Pues entonces dejarlo! replicó él entre enojado y despreciativo, y castigó á su flaco rocinante, desertor del Purgatorio, con ánimo de marcharse.

Los tres nos echamos una mirada imposible de pintar. Don Severo de cólera, el madrileño de ironía, y yo de indignación. Porque ¿quién no se indigna cuando habiéndose consentido en divertirse á espensas del prógimo, una circunstancia imprevista trueca los papeles, y creyendo burlar se encuentra burlado?...

El auriga se alejaba lentamente, y nosotros con los brazos cruzados nos contemplábamos aturdidos, sin acertar á tomar una resolución definitiva. Don Donoso fué el primero que rompió el silencio:

—El hombre propone y los cocheros disponen, dijo, alzándose de hombros; ¡paciencia!

—Sí señor, ¡los cocheros disponen! repliqué yo con reconcentrada ira, viendo que el vehículo se alejaba de nosotros.

—¡Achís! ... tartamudeó Pimienta con una aspiración gutural muy parecida al estornudo de un mastín; así son todos los cocheros de la corte, todos, todos se aprovechan de la ocasión cuando pueden hacerlo impunemente, y tienen el mas leve pretexto que justifiquen sus piraterías, y por desgracia no hay mas remedio que ceder á sus tiránicas exigencias, dejarse robar sin decir esta boca es mía. Vean vds. si tenía yo razón en colocar á los aurigas en la plaga de la langosta.

—Ahora no es tiempo de discutir sino de obrar, repuso Alegrete; ¿qué hacemos?... El cochero se va y la lluvia continúa.

—¿Qué hacemos?... llamarle, dije yo con resolución.

—Eso es lo mas acertado, contestó el joven, y llamé por segunda vez al ladron.

Una vez resueltos abrimos la portezuela, y uno tras otro nos metimos en el carruaje. Primero el catalán, luego yo, y el último don Donoso.

El local era bastante reducido, y yo quedaba encajonado entre mis dos adláteres.

Entonces conocí la astucia del madrileño, que vendiéndome la fineza de dejarme pasar primero, se había reservado el rinconcito, para que mi cuerpo le sirviese de muralla divisoria entre él y su amigo; de escudo que le preservase de su insoportable charlatanismo, del bacheo continuo, y de los manotones y codazos con que amenizaba sus discursos cuando estaba sentado.

¡Ay! apenas comenzó á andar el coche, tropezando y arrastrándose con sumalentitud, como una *boa* que acaba de engullirse un becerro, el demonio del catalán me hundió en el vacío uno de sus codos, afilado como una lesna, y su cofrade, revolviéndose para acomodarse mejor, me plantó la pata encima de un callo....

Mientras me inclinaba y acudía con entrambas manos á las dos partes doloridas, sentí que me pasaban de refilon por las narices cierto céfiro murmurador que provenia del jamelgo ó del cochero (todavía no he podido averiguarlo); céfiro embalsamado, precedido por cierta suave detonación que se repetía cada

cinco ó seis minutos y que por momentos me iba cortando la respiración. Al principio creí que aquel extraño ruido sería ocasionado por las ruedas, el cuero ó los muelles del coche; pero al tercer fogonazo adiviné, por la calidad del humo, que tenía su origen en otras regiones. Aguantéme, saqué el pañuelo, tapé el órgano del olfato, apreté los labios y me entretuve en tragar saliva por no tragar otra cosa peor (1).

Entonces, caros lectores, conocí todo el horror de mi situación; me arrepentí sinceramente de haberme embarcado con semejante familia, y fué necesario que apelase á toda la indómita energía de mi carácter para permanecer allí sobre la brecha, inmóvil como Napoleón en el puente de Arcola, entre el fuego graneado que me hacían de frente los codazos de la derecha, y los pisotones de la izquierda.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! murmuré por lo bajo, creyendo que nadie me escuchaba.

—Ya estamos en el potro y no hay mas que sufrir los azotes, tararéó Alegrete á mi oído.

Yo levanté los ojos al cielo encomendándome á su paternal misericordia y me puse á rezar la Salve.

Concluía la Salve y empezaba el Ave María, cuando mi vecino de la derecha, descargándose familiarmente un fiero puñetazo en un hombro, me hizo volver la cabeza asustado.

—Al continuar el exámen de las plagas, dijo, cuyo espíritu este caballerito habrá comprendido, puesto que ha oído parte de nuestra conversacion, y antes de engolfarme en la octava, creo oportuno someter al juicio de vds. cierto párrafo de un librito que por casualidad aqui traigo y que versa sobre la misma materia.

El orador sacó un folletico de la forma y tamaño de un almanaque y leyó lo que sigue:

«Conviene saber ante todo si los hombres en las diferentes plagas de langosta que han experimentado han hallado algun medio seguro de concluir con un animal tan pequeño como dañino, y nos convencemos que hasta el dia todos le han buscado y le buscamos con ansia, pero no se ha encontrado, y así nos limitaremos á hablar de los recursos conocidos y de los que los pueblos se valen para minorar sus pérdidas, sin meternos en las teorías de varios autores que se han dedicado á escribir sobre la langosta, pues si bien en su lenguaje se halla cuanto se puede desear en estilo y erudición (2), hay cosas que no se aprenden en las cátedras, y es indispensable observarlas, examinarlas y aprenderlas con la práctica, y cabalmente es lo que sucede con esta plaga (3).»

Pimienta se detuvo y aguardó á que su opositor le hiciera algunas reflexiones; pero este, fatigado ya por las anteriores controversias, habia resuelto hablar lo menos posible. Yo temblé de los pies á la cabeza viendo que el filosofastro se encaraba conmigo, interrogándome con la mirada, y á falta de respuesta y por vía de distracción, se apoderaba de los botones de mi gaban dándoles vuelta hasta quedarse con ellos en la mano.

—En efecto, hay cosas que solo se aprenden con la práctica, dije yo, apartando muy suavemente con mi mano la suya, á fin de evitar el terrible destrozo que estaba haciendo en mi gaban.

—Unos dicen, continuó don Severo, que la langosta nos vino de Africa....

—El señor Bowles, persona muy competente á mi humilde entender, contesté yo, asegura que es indígena de España (4)....

—Indígena ó no, en Madrid existe desde tiempo inmemorial, y aunque al primer golpe de vista no es fácil distinguir todas sus especies, confundidas con tantos insectos como allí abundan, el estudio detenido que he hecho de la familia en general y de los individuos en particular, me habilita para ofrecer á vds. una monografía completa de la langosta, un cuadro sinóptico, con la division en géneros, grupos y variedades, ilustrado con las clasificaciones y notas correspondientes para su perfecta inteligencia. En este concienzudo trabajo entomológico he gastado todo el tiempo que llevo en la corte (noventa y tres años), y pienso presentarlo á la academia para optar á la primera vacante que ocurra.

El hombrillo volvió á darme otro pisotón en el mismo callo, diciendo:

—Hace vd. bien, ahora que la academia da pocas ó ningunas señales de vida.

—No comprendo.

—El resonante aleteo de la langosta pretendiente, que vendrá como vd. á ofrecer el fruto de sus vigilias á los señores académicos, tal vez les despierte de su sopor y les inspire la idea de presentar algun trabajo que imponga respeto á la turba multa de autorcillos, que pretenden traspasar sus venerandos umbrales. Dicen que hay muchos que sin mas títulos que su osadía, se empeñan en ser académicos.

—¿Y por qué no?... ¡vive Dios!... despues de...

El futuro académico no pudo concluir la frase; un grito mio la dejó suspensa de sus labios, como queda pendiente de la rama, la gota de agua convertida en hielo al caer. Gesticulando y manoteando, por poco me revienta un ojo: las uñas de sus huesosos dedos tropezaron con mis pupilas arrancándome una esclava

(1) Histórico.

(2) Cosas de que carece el autor: palabras de don Severo.

(3) Memoria sobre la langosta por don Juan Alvarez Guerra y Peña.

(4) Historia natural de la langosta de España y modo de destruirla, por don Guillermo Bowles.

mación reforzada por dos enérgicos y rudos apóstrofes que su torpeza disculpaba. El caribe se deshizo en escusas, y yo para evitar otro lance le rogué que se metiese las manos en los bolsillos de los pantalones ó en otra cualquier parte, mientras hablara.

Hízolo así, y á una ligera indicación de Alegrete, dióse por terminado el debate acerca de la academia, y el viejo, en justa compensación de lo que se reservaba in *pectore*, abordó la plaga octava en estos términos:

CUADRO SINÓPTICO

DE LA LANGOSTA CORTESANA (1).

Clasificación.—En la zoología moral la langosta humana de que voy á ocuparme pertenece al orden de los FURADORES (*industriales*).

Caracteres generales.—El de la especie en general es un instinto egoísta y dañino de asimilarse y absorber todos los objetos que están á su alcance: manifiesta además una afición desmedida á adquirir ó conseguir lo que desea por todos los medios conocidos, decentes é indecentes, legales y extralegales, como la ocupación, la acesión, la tradición, la usucapion, la intrusión, la importunación, la prostitución, la predigación, la adulación, la *engañifacción*, la revendición, la petición (tácita y espresa), la prestación, la reputación, la absorción, la votación, la traducción, la usurpación y otros infinitos medios que seria muy extenso enumerar: finalmente, distínguese por un talento particular para mutilar, descomponer, transformar y desfigurar cuanto cae en sus manos, al extremo que no lo conociera la madre que lo parió.

El orden de los FURADORES comprende ocho grandes familias, bien caracterizadas, á saber:

Primera familia: OMNI-CARPA (*que coge y chupa de todas partes*.)

Divídese en dos grupos principales:

1.º El Rastro.

2.º Las cacharrerías y prenderías.

Los cuales á su vez se subdividen en tantos géneros ó variedades de la especie, cuántas son las industrias á que se dedican ciertos comerciantes del Rastro ó los dueños de las cacharrerías y prenderías.

Generalidades. Esta familia vive entre la mezcla y confusión de cuantos objetos ha producido la industria doméstica y fabril, y las artes liberales y mecánicas; indefinible amalgama, en el que se confunden los siglos pasados con el presente, lo útil con lo inútil, los enteros con los quebrados, la opulencia con la miseria. Los *omnicarpas* de todo sacan sustancia para alimentarse, como la langosta-insecto, que así se saborea con las plantas tiernas, dulces y aromáticas, como se ceba en las raíces mas desabridas y ponzoñosas, sin perdonar al hediondo beleño, al *stramonium ferrox*, al *solanum lethale*, á la cicuta, y hasta á los ranúnculos cáusticos que queman la piel de los animales.

El Rastro y las prenderías, además, son el depósito de todos los objetos de procedencia incierta, la mayor parte escamoteados á sus dueños; y ya por esta circunstancia, como por la de estar situados el primero en un local estrecho y nada pulcro, y las segundas en los portales y cuartos bajos mas sucios y lóbregos de Madrid, pueden considerarse como las tierras incultas donde la langosta acostumbra sepultar sus huevos.

Y no para aqui la analogía: si vds. han tenido ocasión de observar el aspecto que ofrecen los langostillos al salir de sus canutos, ondeando como una torta negra que se mueve, agrupados al pie de los matorrales en un radio de dos ó tres varas de circunferencia, sin duda no habrán podido menos de compararlos con aquellos negros montones de trapos, tiras de paño, vestidos y hierros viejos que decoran el suelo, las paredes y puertas del Rastro y sus hermanas carnales.

Las sombras del crepúsculo se iban estendiendo por el cielo: cerraba la noche lóbrega y pavorosa: el carruaje marchaba paso á paso, y don Severo al rumor de la lluvia que caía, aunque no con tanta violencia como al principio, continuaba perorando.

2.ª familia: CLANCULARIA (*los que se ocultan*).

Está representada por esta dos sinecdokes (figura retórica por medio de la cual se toma la parte por el todo, el continente por el contenido):

1.ª Las casas de dormir.

2.ª Poblaciones en las afueras de Madrid.

Glosa.—La langosta de los vagos, asesinos, ladrones y gentes de mal vivir, provista de pasaportes y padrones falsos, acostumbra refugiarse en esas madrigueras llamadas casas de dormir, donde encuentra alojamiento y seguridad por ocho ó diez cuartos; mientras los contrabandistas, otra langosta que hace anualmente horriblos estragos en la hacienda pública, sienta sus reales fuera del recinto de la corona

(1) Bajo este nombre se entiende indistintamente así la que se cria en Madrid, como la que emigra y viene en numerosos enjambres de las provincias y del extranjero. Llámase *cortesana* mientras reside en la corte: título honorífico, barniz aristocrático, diploma de mérito, que la habilita para ejercer el profesorado entre sus iguales, y le asigna el primer lugar en la escala de la civilización langostil.

nada villa, á uno, dos ó tres tiros de cañon de sus murallas. De vez en cuando, algun enjambre de esta última, el mas ruin por supuesto, suele abatir su vuelo sobre las diligencias, y devorar en un minuto las espigas blancas y amarillas que encuentra en los bolsillos y en las maletas de los viajeros....

Mi vecino de la izquierda, á quien parecia habersele pegado la lengua al paladar, por un impulso involuntario que no fué dueño de reprimir, rompió al fin su estudiado silencio:

—Vienen y van tan cargadas las diligencias, dijo, que es hacerlas una obra de caridad aligerarlas de peso. Lo único que puede deplazarse, es que el perjuicio no recaiga sobre las empresas, ya que de salto en salto (1) se convierten á menudo en langosta adulta ó volandera, bajando los precios para atraer incautos, y subiéndolos apenas han despachado todos los asientos.

—Si vd. no me deja hablar, contestó Pimienta, mal podré explicarme. Tenga vd. paciencia, que en el cuadro completo de la plaga encontrará cuanto desee. Continúo:

3.ª familia: COMMUTATARIA (los que cambian compran y venden.)

Reconoce por legítimos representantes á

- 1.º Los baratilleros de libros.
- 2.º Los que trafican en muebles usados.
- 3.º Modos de vestir sin gastar dinero.

Variedad de la especie:

Sombreros á napoleon (dejando el viejo).

Corolario: Las cualidades características de esta dilatada familia son: el adquirir las cosas poco menos que de balde, y luego venderlas como nuevas; de cambiar recibiendo cien por diez, añadiendo á veces la burla al despojo, como acontece en los modos de vestir sin gastar dinero, que deberian llamarse *modos de quedarse desnudo gastando dinero*, pues la langosta aficionada á nutrirse de ropa usada, como es tan descontentadiza y voraz, por un corte de pantalon nuevo ó su equivalente, sin la hechura que monta el doble, exige doce ó quince piezas en regular estado.

Entre los *Puffs* cotidianos de que he sido víctima en Madrid, ninguno, á escepcion de los sombreros á diez y nueve reales, me ha irritado tanto como este.

—Cuéntenos vd. eso, dije yo.

—Seducido por cierto pomposo aviso pegado en una vidriera de cierta sombrerería, de cuyo dueño no quiero acordarme, compré yo uno muy lustroso y llamante, cediendo otro todavía decente, y que me habia costado ochenta reales. No sé qué preparacion ortopédica tendria el dichoso sombrerito, pero ello es que á los pocos dias con el calor y el polvo, empezó á encoger las alas, á hundirse de copa, á echar panza, y á ponerse primero azulajo, luego pardo, en seguida amarillo, despues jaspeado, y por último, color de burro mohino. Asustado de esta extraña metamorfosis, me fui á ver al franchute á quien se lo habia comprado, pero con gran sorpresa mia me contestó muy sério:

—*Celui-ci no estar le mio sombrero....*

Entonces fué tal el coraje que me dió, que se lo tiré á la cara y por poco le rompo la crisma.

Al espresarse de este modo el energúmeno furioso, alargó maquinalmente el brazo y me aplicó un tremendo golpe en un muslo que me hizo ver las estrellas. El ¡ay! que lancé, ahogóse entre el oleage de sus palabras, que continuaron rasgándonos el timpano como el atroz mugido de una cercana catarata.

4.ª familia: FAMELICOSA HINNIENTES (advenizos.)

Componen esta familia los grupos siguientes:

- 1.º Los músicos ambulantes.
- 2.º Los parásitos.
- 3.º Los aguinaldistas.
- 4.º Los aspirantes.

Apuntes para escribir su historia: Los advenizos son por lo general unos pobres demonios en extremo aficionados á importunar á todo vicho viviente, y á meterse de rondon en todas partes, ora con el auxilio de instrumentos musicales, como las murgas; ya con el pretexto de dar los buenos dias para que los conviden á comer, como los parásitos; ora fastidiando en ciertos dias del año con felicitaciones, esquelas y versos que horripilan, como los *aguinaldistas*; ya valiéndose de una carta de recomendacion ó del empeño de algun amigo, como los aspirantes.

Conocido su carácter, no necesito explicar á ustedes por qué los llamo HINNIENTES (*relinchadores*). —Ese adjetivo, repuso el madrileño, me parece muy mal aplicado.

—Pues interroge vd. á los que se ven perseguidos por esta clase de langosta:

1.º A los vecinos de Madrid que por el suceso mas insignificante tienen que sufrir el tormento de dos ó tres horas de música, ¡y qué musical de dos ó tres compañías de orfeos errantes, á quienes es preciso gratificar en el acto para que no toquen y se vayan con la música á otra parte, sopena de tenerlos encima toda la noche.

2.º A los que acostumbran celebrar sus dias con algun suntuoso ó pobre banquete, y habiendo contado con veinte personas, al sentarse á la mesa se encuentran con cien, porque hay amigo que no contento

con ir él, que come por siete, lleva consigo á su mujer que come hasta por las narices, á sus hijas casaderas (heliogábalos femeninos) á sus tiernos infantes, que devoran á dos carrillos, á la niñera que está desmayadita por el escaso alimento que recibe en casa de sus patronos, y por lo mucho que chupa el parvulito que tiene en brazos, y finalmente hasta el falderillo de la señora, que oculto debajo de la mesa, tambien engulle y saca el vientre de mal año.

Si estos ejemplos no fuesen bastantes, recuerde usted por Pascua de Navidad:

3.º Los mil envites que sufre su bolsillo al continuo tañir de la campanilla, que no cesa de resonar como si tocase á fuego, anunciando que la langosta ha invadido su casa bajo la forma de impresos, targetas, cartas, billetes, romances, décimas, cuartetos y qué se yo cuantas otras socallinas mas ó menos ingeniosas, mas ó menos irritantes. Suena, suena y suena sin descanso la infeliz campanilla atacada de perlesia, y lo mismo que esos innumerables enjambres de langostas que, impelidas por el viento, vienen volando de las sierras de los pueblos adyacentes, van entrando unos en pos de otros:

El portero y sus hijos.
El repartidor y sus colegas.
El cartero.
El sastre y sus dependientes.
El zapatero y los aprendices.
El aguador.
El sereno y los barrenderos.
La lavandera y su familia.
El barbero.

y todo el mundo, para concluir de una vez.

Si todavía, señor don Donoso, no está vd. satisfecho, consulte á las víctimas del grupo.

4.º A los ministros, gefes de oficinas, directores de periódicos, idem de establecimientos comerciales ó fabriles, idem de teatros, á los editores acreditados, etc., etc., etc., porque seria el cuento de nunca acabar si quisiese enumerarlos todos. ¿Han oido vds. el pavoroso ruido que forman las alas de la langosta-insecto, cuando despues de haber talado un campo, se remonta en densa nube que oscurece el brillo del sol?... (1) Pues apenas da él una ligera idea del murmullo que formarían, si se oyese juntas, las mil voces, quejas y maldiciones de la langosta-humana. Oigan vds. los siguientes coros, con acompañamiento de violon, bombo y platillos, de una zarzuela que está escribiendo un amigo de un amigo mio, á quien no conozco, el señor Magariños Cervantes, célebre dramaturgo de reputacion europea, escritor de extraordinario talento y de portentosa erudicion enciclopédica (2).

Yo me contenté con atusarme el bigote y mirar al soslayo al narrador, como diciéndole: *ecce homo*; pero la verdad es que el corazon no me cabia de gozo dentro del pecho. ¡Miserias humanas!

Don Severo sacó de la faltriquera un manuscrito no muy limpio, y á la trémula luz de uno de los faroles del coche que le alcanzó el auriga, se puso á hojearlo.

Sinduda en las tardes anteriores habria hablado con su compañero de las plagas, y venia prevenido.

—Aquí están, exclamó, no bien hubo recorrido tres hojas, escuchen vds., y comenzó á leer con robusta entonacion y varonil acento.

CORO PRIMERO

De aspirantes á.... la chupandina.

(Antesala del despacho de un ministro. Al levantarse el telon S. E. aparece rodeado por la langosta, de modo que no puede seguir adelante.)

CORO GENERAL.

(Aire del Trágala.)

Señor ministro, señor ministro,
Señor ministro, por caridad,
Venga un pedazo, venga un pedazo,
Venga un pedazo de mazapan!

(1) «El cielo claro y hermoso de España se oscurece y queda en medio del verano, mas negro y triste que el de Alemania en el invierno. El murmullo de tanto millon de alas forma un ruido sordo, semejante al que hace un viento seguido en un bosque muy poblado de árboles.» BOWLES Hist. cit.

(2) Por no faltar á la modestia, nada añado á lo que dijo el señor Pimienta. No me gusta alabarme á mi propio, aunque sea moda y practica corriente hacerlo de palabra y por escrito, aunque

«Vivamos en un tiempo
Tan miserable,
Que si yo no me alabo
No hay quien me alabe.»
(Coplilla vulgar).

Pues en honor de la verdad, debo aquí declarar que de la tal zarzuela nada me pertenece: el pensamiento, segun tengo entendido, es de don Aniceto Vergara, la letra de doña Marta Antonia Rebé, y la música del *tio vivo*.

Nota para los ignorantes. Don Aniceto Vergara vino á la corte con el objeto de presentar al ministerio un grandioso proyecto para arreglar todas las cosas de España. Basta lo dicho para manifestar el estado de su cabeza. Doña Marta Antonia Rebé es una célebre poetisa que anda improvisando por las calles de Madrid; y el *tio vivo* los columpios y caballitos de madera que dan vuelta al son de una música compuesta de un tambor y de un clarinete, contemporáneos del Mastodonte.

S. E. ¡Uf! ¡Cuánto tábano!
Coro. ¡Señor ministro!

S. E. ¡Uf! ¡qué langosta!

Coro. Considerad

Que el diputado, que la intendenta,

Os recomiendan mi memorial.

(Con muy mal gesto.)

Haya paciencia.

Coro. Nos falta calma.

S. E. (Irritado.)

¡Por Jesucristo!

Coro. ¡Tened piedad!

S. E. (Bufando é hiriendo el suelo con el pié.)

¡Que no hay vacantes, que no hay vacantes,

Que no hay vacantes!....

Coro. Mas las habrá.

S. E. (En voz baja mirando al techo como si tuviese

intencion de ahorcarse de un tirante.)

¡Muero de angustia!

Coro. Morimos de hambre....

S. E. (Abriéndose paso á empujones y refugiándose

tras de la mampara.)

¡Lléveos el diablo, voto vá á San!...

Todos. Que no hay quien sufra, que no hay quien

sufra,

Que no hay quien sufra tamaño mal!

CORO SEGUNDO.

De aspirantes á.... periodistas.

(Habitacion del director en la redaccion de un periódico. Las langostas van entrando unas tras otras, haciendo profundas saluciones y con la sonrisa en los labios.)

CORO GENERAL.

(Aire de El tango americano.)

Buen director,
Buen director,
Denos entrada
En la redaccion.

DIREC. (Alarmado.)

¿Quién son vds?

¡Válgame Dios!

Coro. Gente de pluma,

Gente de pró.

DIREC. ¿Pues qué, son gansos?

Coro. ¿Gansos? ¡qué horror!

Somos escribas,

Somos legion

de periodistas

En ciernes....

DIREC. (Abriendo tamaño boca.)

¡¡¡ Oh!!!

Coro. De esos que forjan

A un tres por dos,

Diez mil artículos

Sobre el Mogol,

De chispa y fuego

Tal como il faut,

Para que causen

Gran sensacion.

DIREC. (Con aire hipócrita.)

¡Oh cuánto siento!

¡Oh cuánto siento!....

Coro. Mire, señor,

Que en cuanto demos

Nuestra opinion,

Y nuestras firmas

Alumbra el sol,

Crece á millares

La suscripcion,

Y los contrarios

Dan de cogó

(Súplase el te.)

DIREC. ¡Oh! ¡cuánto siento

Que á tal sazón

Hayan venido!

Coro. Mire, señor,

Que gratis....

DIREC. (Con frialdad.)

Gracias.

(¡Puf! ¡Qué turbión!)

Somos ya muchos....

Coro. ¡Tanto mejor!

DIREC. (Con sequedad.)

¡Es imposible!

Coro. ¡Por San Trifon!

DIREC. (Amostazado.)

¡Fuera! ¡No hay plaza!

Coro. Adios, adios,

Mal periodista,

Mal director.

DIREC. (Dándoles con la puerta en los hocicos.)

Fuera langosta,

Chusma feroz.

Todos. ¡¡¡ Y habrá quien lea

Ya en la nacion!!!

CORO TERCERO.

De aspirantes á.... que los egecuten.

(El cuarto de un director de escena: este está vistiéndose; una de las langostas mas atrevidas abre la puerta muy quedito, asoma la cabeza, y al verle que se encuentra solo con treinta ó cuarenta autores nada mas, se zampa adentro y va á

confundirse con el grupo que le rodea: tras la primera entra una formidable nube como de trescientas langostas que llenan el aposento.)

CORO GENERAL.

(Aire del Mambrú.)

¿Qué haceis de las comedias?
DIREC. Birondon, birondon, birondeja, (Ap.)
No sé no sé qué fué de ellas....
CORO. ¿Sabeis si se pondrán?
DIREC. Se pondrán por la Pascua
O por la Navidad.
CORO. Mirad que son muy buenas.
DIREC. (Birondon, birondon, birondeja,
Para envolver especias).
CORO. ¿Las vais á hacer?
DIREC. Se harán.
CORO. ¿Pronto?
DIREC. Si no es por Pascua,
Se harán por Navidad.
CORO. ¡Tres años ha que penan
Allá en una alacena!
DIREC. (Birondon, birondon, birondeja.)
CORO. ¡Cuánto se aplaudirán!
DIREC. (Buenas silbas esperan
Por Pascua ó Navidad!...)
CORO. Escribid á la empresa.
DIREC. (Birondon, birondon, birondeja)
Hoy mismo sabrá de ellas.
(¡Cuándo el tífus vendrá!)
CORO. ¡Cielos! ¡que llegue pronto....
La Pascua ó Navidad!
Adios.
DIREC. (¡Langosta fiera!)
CORO. ¡Qué gloria nos espera!
DIREC. (Birondon, birondon, birondeja,
¡Que os lleve sataná!)
TODOS. Allá para la Pascua
O para Navidad.

CORO CUARTO.

De aspirantes á... la gloria ó el sonante.

(Habitacion alhajada con lujo en casa de un editor; este está sentado escribiendo. La langosta menuda llega y se detiene en el umbral.)

CORO GENERAL.

(Aire de los «Espárragos trigueros.»)

Asaltemos el templo de la gloria,
Asaltemos el arca del dinero,
Sellemos nuestros nombres en la historia,
Ya tenemos enfrente al editor.
(Dirigiéndose á él con sus manuscritos en ristre.)
Por tí, editor magnífico,
Por tí, editor magnánimo,
De España por los ámbitos recónditos
Volará nuestro nombre con honor.
EDITOR. (Poniéndose en pie con aire receloso como
quien se prepara á resistir la embestida.)
Ap. ¿Qué querrán estos hombres tan escuálidos?)
LANG. (A la vez, inclinando la cabeza y presentán-
dole sus manuscritos.)
¡Aquí viene un artículo satírico,
Aquí viene una epístola en esdrújulos,
Una historia, un poema, un novelón!
EDIT. (Retrocediendo asustado.)
¡Arrr! ¡qué enjambre!
LANG. (Avanzando.) No seáis tímido,
Haced crujir las máquinas,
Y vereis qué edificio tan artístico
Levantáis á la nación.
EDIT. (Abriendo los ojos y frunciendo los labios,
las narices y la frente.)
¡Me encuentro en este instante sin un óbolo!
¡No importa! no os asuste nuestro mérito.
Por muy poco os cedemos, hombre rígido,
Estas obras que fama nos darán.
Presentadnos al público,
Haremos un buen prólogo,
Cantarán laudatorias los periódicos
Y vereis cuantos prógimos caerán.
EDIT. (Siempre retrocediendo.)
No puedo, yo no puedo, yo no puedo.
He perdido este año en tal andrómida....
LANG. ¿Decís qué habeis perdido? (¡Qué antropófago!)
EDIT. (Lo que todos vosotros no valeis.)
El público es raquítico,
Las bolsas están tísicas,
Y solo vuestras obras me sirvieran
Para polilla y ratas mantener.
(Aquí se interrumpe el coro, y el Editor con da-
tos irrecusables manifiesta á la langosta las pérdidas
que ha sufrido aquel año en sus publicaciones, par-
ticularmente con las obras originales. Su patético
discurso quebranta el corazón.)
LANG. (¡Por el cielo, que el hombre es un estólido!
¡Por el cielo, que el hombre es mas que bárbaro!)
EDIT. Lo siento, pero....
LANG. Vamos, no seáis cafre,
Y aceptad estas obras....
(Vuelve á interrumpirse el coro.—Varios de los
langostas mas tenaces bosquejan un cuadro de sus
apuros, que puede luchar en episodios dramáticos y

riqueza de colorido con el Gethsemani del Editor.)
EDIT. (Parapetándose detrás de la mesa.)

(¡Oh espiciacion

De mis pecados!...) Náuseas
Me dais, señores.... (¡Zánganos!)
¿Quereis que á vuestros ímpetus famélicos
Mi crédito y mi bolsa entregue yo (i)?
LANG. (Metiéndose los por los ojos.)
¡No hay remedio, mi artículo, mis crónicas!...
Mi novela, mis cuentos y mi epístola....
(La langosta, presintiendo una negativa categó-
rica, comienza á replegarse con aspecto amenazante
y se cierne en forma de herradura, amagando aco-
meter á picotazos al Editor: este se asusta, y aton-
tecido, ciego, mareado, sin saber lo que hace, empie-
za á recoger apresuradamente manuscritos á derecha
é izquierda, salga pez ó salga rana.)
EDIT. ¡Venga, venga, y dejadme! (¡Dios altísimo,
Mi crimen contra el gusto perdonad!)
LANG. ¡Oh gloria!
EDIT. ¡Oh desventura!
LANG. ¡Oh dicha!
EDIT. ¡Oh rabia fiera!
LANG. Nuestro nombre radiante de luz vívida....
EDIT. ¡Ay! Mi nombrecubierta de esta pócima.
TODOS ¡A los siglos remotos llegará!

—Tales son los coros, señores, añadió don Severo
cerrando el manuscrito; en este último se sobreentiende
que la langosta, verificado el desove, da un
grito de alegría y se pierde por los aires, mientras su
víctima cae en tierra sin aliento, al ir á arrojar su
carga en el cajón mas grande de algun armario feno-
menal, tubo protector donde los oculta por lo pronto,
y de donde salen mas tarde ó mas temprano para la
impresion los engendros de la langosta-literaria, como
nacen á la vida los gérmenes de la langosta-insecto,
encerrados antes en el leve, impermeable canutillo
que sus madres les preparan.

Hechas estas advertencias, indispensables para
comprender el pensamiento, un si es no es estrava-
gante de los autores de la zarzuela, pasaremos á la

3.ª familia: REPETENTIS (revendedores).
Se cuentan hasta tres especies:

- 1.ª Revendedores de billetes de diversiones públicas.
- 2.ª De relojes y alhajas falsas.
- 3.ª De perros, gatos y otras alimañas.

Observaciones: Los individuos de esta familia, per-
teneientes á la primera especie, viven á orillas de los
espectáculos, como quien dice en las calles que van á
desembocar á los coliseos. La época de su aparicion
es en las primeras funciones y en los beneficios que
atraen gran concurrencia. La posicion geográfica de la
segunda y tercera, es en la Puerta del Sol. Unos y
otros gustan del bullicio y de la afluencia de gentes,
y se cree que todos son indígenas del pais de la holga-
zanería. Son animales sociables, y reúnen en ma-
nadas como los lobos; rara vez se encuentra á uno so-
lo. Tienen muy desarrollado el órgano de la acometi-
dad, importunan y embisten á cuantos pasan por su
lado, ofreciéndoles sus mercancías, y por poco dis-
puesto que se muestre el viandante á escucharlos, le
siguen la pista, y no le abandonan hasta que cae en
sus redes.

6.ª familia: STRANGURRIA (mercenarios).
Escribo: Comprende esta numerosísima familia á
todos los que disfrutan derecho de propina, en fuerza
de una costumbre inmemorial, que puede considerarse
como ley.

Aut-pia hecha al (La diseccion de su carácter ofrece
son de la propina. como elementos constitutivos una
gran dosis de amabilidad, otra igual de reverencias
y buenas palabras, calor interno y actividad de ochen-
ta grados, y mientras abriga la esperanza de chu-
par algo, una extraordinaria lucidez en el sentido de
la vista y en el del olfato, lucidez que raya en inver-
osimil, pues les hace distinguir entre mil concurren-
tes á un café, por ejemplo, al parroquiano que mas
estiman bajo el punto de vista monetario, para adivi-
nar su gusto, y antes que despliegue los labios, servir-
le el primero aunque haya entrado el último.

Degradacion de la (Pesadez fabulosa, ceguera y tor-
especie, privada de peza inauditas, aspecto arrogante,
los gases metálicos. frente sombría y altanera, calma
chicha, discursos monosilábicos, frialdad á 120 gra-
dos bajo cero, y conocida intencion de hacernos pagar
en contrariedades los maravedises que en su concepto
les usurpamos, no bien se convence que pretende-
mos emanciparnos del tributo propinero, no solo por-
que la mayor parte de ellos no lo merece y vale mas
dárselo á un pobre, sino porque el tal tributo, como
todo tributo involuntario (la costumbre, segun los
jurisconsultos, tiene fuerza de ley no escrita), en el
fondo no es otra cosa que una reliquia, una reminiscen-
cia del feudalismo, y es muy triste que por él los sier-
vos se convierten en señores, prescindiendo de la anoma-
lia de conservar en todo su vigor en el siglo XIX
usos que datan de los tiempos de la barbarie. Al pre-
senciar tales anomalías, casi está uno tentado de

(1) Variante: ¿Quién os ha dicho, por San Juan Crisóstomo
Que á manteneros obligado estoy?...
Si lucro vuestras obras baratasísimas
Me ofrecieran, ¿seria tan estúpido
Que no las aceptase, á ellas lanzándome,
Cual se lanza á su presa el tiburón?

creer que razon y sobrada tuvo de Pradt, cuando dijo
que el Africa empieza en los Pirineos.

Deducion: En otra cualquier parte este abuso se-
ria tolerable, pero en Madrid es insuportable. Don-
de quiera que uno vaya, donde quiera que uno en-
tre, lo mismo en un café que en una oficina pú-
blica, lo mismo en un sitio real que en una fonda,
en todas partes y por cualquier motivo tiene
que gratificar á los dependientes ó subalternos, so-
pena de esponerse á sus miradas insolentes y al salu-
do glacial seguido de cierta risita irónica, casi imper-
ceptible, con que contestan á nuestras interpelacio-
nes, nos devuelven el cambio, ó nos acompañan hasta
la puerta, risita que vale lo menos media peseta, y
por la cual, si fuese dictador habria ya mandado
ahorcar en el acto, sin forma de proceso, á mas de
cuatro vergantes.

7.ª familia: USURARIA (judíos).

Comprende tres grupos clasificados de este modo:

- 1.º Prestamistas. Los que dan dinero sobre alha-
jas y ropas usadas con una módica
ganancia de trescientos por
ciento.
- 2.º Magasins de novedades. Los que venden las fruslerías de
estrangis veinte veces mas caras
que lo que valen.
- 3.º Los célebres. Artesanos, profesores y artistas
de fama, que se hacen pagar
diez veces mas caro que sus co-
frades.

Este último grupo se subdivide en tantas especies,
cuantas son las artes y profesiones conocidas hasta el
dia. Figuran en primer término:

- 1.º Las bailarinas. 20,000 duros por una temporada.
- Los actores. 10,000 id. id.
- Sastres. 400 rs. por la hechura de un frac.
- Médicos, etc. 80 por una visita.

Rasgos característicos de estos individuos: Indis-
putable mérito en todos, aunque no tanto como se pre-
tende: propension innata en los primeros á rodearse
de un círculo de admiradores y parciales: exigencias
monstruosas: tendencias al absolutismo, á imperar
sin rivales. Prurito en los artesanos de poner sobre
sus muestras las armas reales con estas cuatro le-
tras... de SS. MM. Precios exorbitantes que han
obligado á mas de un comprador, segun dicen malas
lenguas, á ir á verlos armados de un trabuco naran-
gero, como quien va á las fragosidades de Sierra Mo-
rena ó á los montes de Toledo.

Variedad del tercer grupo.

Género intermedio entre el judaismo, la moda y
la celebridad:

Tipo único: EL CAFE SUIZO.

Precios: Un vaso de horchata, 22 cuartos. (En todas
partes cuesta 17.) Un par de huevos pasados por
agua y un panecillo, 2 reales. (En las fondas no llevan
mas que 10 cuartos.) Chocolate y tostada, 3 y medio
reales. (Uno mas que en los otros cafés.)

Calló Pimienta, esperando á que don Donoso se
tomase la molestia de defender á los acusados; pero
fuese que no se encontrase de humor, ó que los con-
siderase en realidad indefendibles, el intrépido cam-
peon filo-plaga aceptó por primera vez las aventura-
das opiniones de su colega. Yo llegué á desconfiar si
estaria dormido, y aunque la densa oscuridad que nos
envolvía no me permitió cerciorarme de mis sospe-
chas en el acto, su posicion oblicua y la precipitacion
con que le sentí erguirse momentos despues, me lo
patentizaron suficientemente: don Severo engolfado
en sus cavilaciones ni siquiera se apercibió de su lar-
go silencio, y terminó de esta manera el baturrillo
que él llamaba enfáticamente. Cuadro sinóptico de la
langosta.

8.ª y última familia: SANGUISUGÆ (sanguijuelas ó
vampiros).

Discurso preliminar. La cualidad mas marcada,
el rasgo mas notable que distingue á esta numerosa
familia de todas las demas, y le asignan un lugar
aparte en la entomología langostil, es la ruin costum-
bre de alimentarse con sangre ajena, de aprovecharse,
bien ó mal, del trabajo de otros, y medrar por algun
tiempo á su sombra hasta que se descubre el fraude.

Dividese en muchos géneros que pueden reunirse
para formar grupos á modo de tribus, como las que
forman los árabes para sus razas, y los indios pam-
pas para sus maloccas: los principales son:

- 1.º Los fibustie- Los que en el Océano de la litera-
ros de pluma. tura andan á caza de ideas y argu-
mentos ajenos: los que capturan á veces hasta tomos
en folio, les mudan el titulo, y los imprimen y ven-
den como de cosecha propia.

- 2.º Los arbitris- Dispuestos siempre á crear nue-
tas. vas contribuciones y á votar im-
puestos extraordinarios. (1)

(1) Al entrar en prensa el número se rompió la forma, y ha-
sido necesario suprimir aquí un pedazo; nuestros lectores nos
dispensarán esta falta involuntaria, que no está en nuestras
manos remediar.

3.º Escándalos y aventuras de madama Ciseaux, ó sea lamentable historia de una pasión desordenada y estragos que produce en la prensa madrileña, comparables únicamente con los que originan en los sembrados las dos sierras que adornan la boca de la langosta-insecto (1). Escesivo cariño á los productos intelectuales del prójimo, amor incestuoso (los periodistas son cofrades, hermanos) que ha obligado á algunos directores de periódicos diariamente acometidos por esta nueva Lucrecia Borgia, á elevar una reverente exposición al gobierno para que á imitación del aprendizaje que se exige para la *empleo-factura*, establezca una escuela teórico-práctica donde se perfeccionen en el manejo de la tijera los que aspiren á ser periodistas, y aprendan á evitar sus infernales seducciones y á tratarla al menos en público con el decoro y reserva convenientes.

4.º Caños. Los malos traductores, los que sirven de inmundos (acuñados á todas las aguas cenagosas é inmundas que bajan del Pirineo; los que las corrompen aunque sean buenas, como un vaso pestífero que comunica su olor y sabor al líquido que encierra; los que desde remotos tiempos se han atraído el justo enojo de los escritores españoles, y que á principios de este siglo obligaban á decir á uno de ellos:

«Nos inundan por todas partes con novelas, historias, cuentos y anécdotas; y la intolerable persecución de los malos traductores, no contentándose con oprimirnos con toda la apestada pócima de los escritores ultramontanos, nos la presentan por lo común en una geringonza ó idioma tal y tan bueno, que si no los conjuran como á la langosta, ó no los contienen á fuerza de latigazos, Dios haya perdonado la lengua castellana (2).»

5.º Doncellas. Los criados y criadas que sisan, los y denceles. (que llevan su afición á la limpieza hasta el extremo de no poder ver nada desacomodado, ó espuesto á echarse á perder con el polvo y el aire, y se lo guardan.

Advertencia importante. Esta clase de langosta es la mas voraz que se conoce, pues lo mismo se engulle los comestibles, como la cebada de los caballos, el carbon, los utensilios de cocina, la ropa de las camas, los vestidos y el dinero.

Fenómeno. Como abundan mas las hembras que los machos, es muy común el verse cada hembra rodeada de cuatro ó cinco machos, y que todos la acometan á la vez.... (3).

Tales son los principales grupos ó tribus de la dilatadísima familia de las sanguijuelas ó vampiros; ahora solo me resta hablar de un género exótico que tambien pertenece á ella.

Especialidad: COMMODATORIA (gente despreocupada).
Género que se divide en dos grandes ramas, á saber:

- 1.º Los pediguñeros.
- 2.º Los usurpadores.

Los primeros son los que siempre están pidiendo cigarros, libros prestados, dinero y otras cosas, y nunca las devuelven; los segundos los que en los teatros, en el Congreso, en las corporaciones literarias como el Ateneo, sin tener derecho, sin importárseles un ardite, entran y salen, ocupan lunetas agenas, invaden las tribunas reservadas, y se ponen á leer los periódicos con el mayor descaro, perjudicando á menudo, y tal vez obligando á marcharse á los dueños de las localidades, á los periodistas y á los socios del establecimiento, quienes por no armar un escándalo, ó porque la cosa no vale la pena, no llaman á un criado y los hacen echar á puntapiés como merecian.

Don Severo se detuvo para cobrar aliento y enjugarse el sudor que en anchas gotas le caía de las sienes. Al incorporarse para sacar el pañuelo, el carruaje chocó en una piedra y su cabeza se estrelló contra la mia. Di un grito; despertó sobresaltado Alegrete que se habia dormido, y creyendo que el viejo le interrogaba, me golpeó varias veces con el codo

(4) En las dos quijadas tiene cuatro dientes incisivos (a), cuyas puntas cortantes se cruzan como tijeras, y el mecanismo de ellos es tal que sirven para asir y cortar. De este modo no hay cosa que pueda resistir á una innumerable multitud de langostas armadas de millones de tenazas y cuchillas para asir y arrasar, y segun lo que son capaces de hacer, yo pienso que si estos insectos se convirtiesen en carnívoros, como las abejas en habiendo devorado todos los vegetales de un país (b), lo cual ejecutarían en corto tiempo, se tragarian sin remedio en pocas horas un rebaño de ganado con los perros y los pastores (c), como sabemos que hacen ciertas hormigas en la América con las mas feroces serpientes. *Bowlesobracit.*

(2) Don Cándido Maria Trigueros. *Mis pasatiempos.*
(3) «Como hay tanta multitud de machos supernumerarios que no tienen pareja con quien unirse.... yo juzgo que se precipitan, etc.» *Bowles*, obra cit.

«Esto me hace dudar si las langostas necesitarán tal número de machos para lograr su preñez.» *Guerra y Peña*. Mem. cit.

(a) *Metáfora:* debe leerse: en los dos cajones de la mesa en que escribe, tiene cuatro pares de los referidos instrumentos, grandes y chicos....

(b) *Errata:* Léase, á todos los escritores y escritos originales.

(c) *Traducción libre:* Como quien dice: un distrito de Madrid, con sus habitantes, juez de paz, comisario, celador de barrio y agentes de P. y S. P.

TOMO II.

en las costillas con mas fuerza de la que era de esperar de su enclenque musculatura, como invitándome á mantener la conversacion. Comprendí, pero antes que pudiese dar curso á las palabras que se me anudaban en la garganta: el señor Pimienta, juzgando que se me habia atravesado algo en el galillo, descargóme tres ó cuatro manotones en el cuello, que por poco me desnucan....

—¡Maldición!... murmuré yo interiormente, estos asesinos se han complotado para hacerme pagar caro el asiento! y abrí la boca para interpelarlos sobre su alevosa conducta; ¡mas ay! al propio tiempo la artillería ecuestre ó cocheril empezó á menudear sus detonaciones con impetu irresistible, porque el vehículo se habia atascado en una hendidura, y por mas esfuerzos que hacian el estúpido cocher y su pariente el escuálido rocin no podian arrancarlo de allí. De modo que atacado yo por los flancos, por detrás y por delante, no sabia hácia dónde volverme ni adonde acudir.

En tan critica situación permanecí inmóvil algunos instantes, aturrido, confuso, rabioso, desesperado, hasta que la misma cólera me prestó fuerzas para poder gritar con estridente, formidable voz.

—Cochero, abra vd., ¡quiero bajarme!
—Entramos en la calle de la Concepcion Geronima, contestó él;—espere vd. cinco minutos.

Don Severo me aseguró por un brazo, cual si temiese que me escapase sin pagar:

—Hombre, ¿se nos va vd. ahora? ¿ahora que iba á ocuparme de las TINIEBLAS, de la plaga novena, la mas dramática y filosófica de todas?....

—Me siento indispuerto, y....

—Nada, entraremos en el café, y ya verá vd. como eso se le pasa.

—Bien, respondí con voz casi ininteligible para que me soltase, porque mi amable vecino, mientras hablabla, oprimía con sus huesosos dedos mi delicado brazo, y me lo apretaba como si lo tuviese cogido con un torniquete de hierro.

Poco despues llegamos á la Puerta del Sol: Alegrete pagó y gratificó al cocher y, y juntos nos dirigimos al café del Iris.

Eran las nueve y media.

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES

OTROS PROCESOS

FORMADOS A CONSECUENCIA DE LA SEDICION MILITAR DEL 7 DE OCTUBRE.

Publicadas ya en la Semana la causa del general Leon y la del brigadier Quiroga, y deseando completar la noticia de los procedimientos criminales instruidos á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre, con la de las causas formadas al teniente coronel don Dámaso Fulgosio, al teniente del regimiento de la Princesa don Manuel Boria, y al subteniente de la misma don José Gobernado, que son las que por su tristísimo resultado ofrecieron mayor interés al público de Madrid, nos ha parecido lo mas conveniente, consultando la brevedad, y con el fin de evitar las repeticiones que se notan en todos los sumarios atendida la analogía de los sucesos, presentar tan solo de estas tres últimas un brevísimo extracto del sumario, los interrogatorios de los encausados y las sentencias que en ellas recayeron.

CAUSA CONTRA EL TENIENTE CORONEL

DON DÁMASO FULGOSIO.

Principia esta causa por un oficio del alcalde constitucional del Pardo, dando parte de haber sido preso por varios nacionales de aquel pueblo el coronel supernumerario del Infante don José Fulgosio, hermano de don Dámaso, á quien tambien se comprendió en este procedimiento. Sigue á este oficio otro del excelentísimo señor capitán general de Castilla la Nueva, trasladando el parte que el 8 de octubre habia dado el comandante de húsares don Pedro Laviña, participando la captura del teniente general don Diego Leon, y añadiendo que á las inmediaciones del caserío llamado Palacio de Briñuelas fué hallado tambien un grupo de sublevados, resultando caer en su poder don Dámaso Fulgosio comandante del regimiento de la Princesa, y cinco cazadores de la guardia real con sus caballos. A continuación se encuentra tambien un testimonio de las declaraciones que en la causa del general Leon habian prestado los oficiales don José María Herrero y don José Villar.

En las espresadas declaraciones solo manifestaban los declarantes haber visto en Palacio en la noche del 7 de octubre á uno vestido de levita con sable y sombrero de tres picos que oyeron decir se llamaba Fulgosio y era comandante de la Princesa.

Juntamente con estas se encuentran las declaraciones de tres guardias alabarderos, dos nacionales y el alcalde constitucional del Pardo que en nada se refieren ni afectan al procesado.

Este, recibida que le fué su declaracion indagatoria, dijo que en la noche del 7 estaba en el cuartel con

tres ó cuatro compañías por orden del teniente coronel, y que de orden del mismo fué á palacio á incorporarse con su batallon: que allí permaneció montado hasta que á media noche se marchó en direccion al Pardo: que oyó el fuego de la escalera, pero ignoraba quien lo hiciese porque no lo vió: que fué preso, ignorando la causa de esto, por un soldado del escuadron de la Princesa en las inmediaciones del Pardo, á donde se dirigia porque creyó que era hácia donde marchaba su batallon, y que su ánimo era haberse presentado á las autoridades en aquel dia, si no le hubieran cogido en el momento.

De las declaraciones de don Rosario Pericon, dependiente de las reales caballerizas, don Julian Gatí, mariscal de las mismas y don Antolin Chacó, director del establecimiento, aparece que una partida de tropa mandada por un tal Fulgosio, fué á las caballerizas á recoger caballos de orden del general Concha, apoderándose de uno en que venia montado el tutor de S. M. que en aquellos momentos llegaba á las caballerizas, llamado por el intendente de palacio, y de otros dos que en ellas les entregaron.

Sobre este extremo declaró el caballerizo Santayo que habiéndole exigido el general Concha al marqués de Malpica que se le facilitasen caballos de las caballerizas reales, habia ordenado dicho gefe al declarante que fuese á caballerizas á comunicar la orden del general Concha, lo que verificó acompañado de don Dámaso Fulgosio y de unos diez hombres del regimiento de la Princesa. Que estando en dicha dependencia se presentó el tutor de S. M., con quien los soldados de la Princesa intentaron cometer una tropelia; pero que don Dámaso Fulgosio la evitó reprendiendo á las tropas, y contribuyendo no poco á la fuga del espresado tutor y del intendente que tambien se hallaba allí, habiendo sufrido despues serias reconvencciones del general Concha, asi por haber dejado escapar al tutor y al intendente como por no haberse llevado mas que dos caballos, teniendo orden para llevarse los todos.

La declaracion del tutor de S. M. que obra á continuación no dice cosa alguna sustancial sobre este punto.

Mas adelante se encuentra la declaracion de don Rafael Sevillano, empleado entonces en palacio, el cual refiriendo los esfuerzos y tentativas hechos por los sublevados dentro del palacio para descubrir la escalera secreta que conducia al cuarto de S. M. cuenta que un oficial que dijeron ser Fulgosio, dando una patada en el suelo, exclamó con grande impaciencia: «¡Por vida! si pudiéramos llegar al cuarto de S. M. cualquiera de nosotros, la liaría en un capote, la pondría delante de un caballo, y escaparía al momento.»

Recibida confesion con cargos al procesado, y habiéndosele hecho los que resultaban de la causa, dijo que como militar subordinado no tenia mas norma en su conducta que obedecer á sus gefes sin pedirles la razon ó motivo de lo que le mandaban: que aunque oyó fuego en palacio ignoraba quien lo hacia, pues no lo vió en razon á que por las comisiones que desempeñó estuvo muy poco tiempo, y como tampoco sabia que nadie atacase á los alabarderos, no creyó que peligraban las vidas de S. M. y A., porque en tal caso hubiera sido el primero en esponer la suya por defenderlas: que se retiró en direccion al Pardo por haberse dirigido hácia aquel punto la fuerza de su regimiento que se hallaba en palacio, y que su ánimo era presentarse despues con ella á la autoridad: que no conoce al tutor de S. M., ni tiene noticia alguna de lo que pudiese haber ocurrido entre él y los soldados de su regimiento.

En la acusacion fiscal se pidió contra el mismo la pena de ser pasado por las armas.

El coronel retirado de caballería, gentil-hombre de los infantes, don Roque Rodrigo Vallabriga leyó la defensa del procesado, cuyo descargo fundaba especialmente en que como subalterno se vió obligado á obedecer á sus gefes.

Concluida la lectura de la defensa, el procesado compareció ante el consejo con levita de uniforme, y tomó asiento en la silla destinada á los acusados.

El señor presidente: Señor coronel, ¿tiene vd. algo que alegar en su favor á mas de lo espuesto en la defensa?

El acusado: No tengo que alegar nada: me concreto á lo que anteriormente he dicho.

El señor presidente: ¿Cuando vd. estuvo en las reales caballerizas no supo vd. que estaba allí el tutor de S. M.?

El acusado: No señor.

El señor presidente: ¿Ni le dijo á vd. nadie que estuviese allí?

El acusado: No se me dijo nada.

El señor presidente: Cuando recibió vd. la orden de su comandante para que fuesen degollados los caballos del regimiento de Húsares que estaban en el cuartel de Guardias de Corps, ¿cómo pudo vd. creer que esta operacion fuese emanada de una orden del gobierno de la reina?

El acusado: Aun cuando yo lo supiera no hacia con ello mas que cumplir las órdenes de mi gefe. Como militar este era mi deber.

El señor Vallabriga: Mi cliente por un exceso de delicadeza no ha dicho que sujetó á los soldados, evitando que cometieran el crimen de atropellar al señor tutor.—He creído de mi deber hacer esta observacion, porque favorece extraordinariamente á mi defendido, que la ha callado por no perjudicar á los soldados.

El señor presidente: Es necesario que el señor coronel corrobore este hecho.

El acusado: Soy teniente coronel: el hecho es que los soldados atentaban contra la vida del tutor, y yo creí que mi delicadeza exigía que evitase ese crimen.

Creiendo que causaría grave perjuicio á los soldados en declarar este hecho, no hablé de él, diciendo en mis declaraciones que no había visto al tutor, ni sabía que estuviese allí.

El señor presidente: No obstante, vd. creyó á los que le dijeron que aquel individuo era el tutor, y le salvó vd., faltando á las intenciones de sus gefes.

El acusado: En efecto, creí que era el tutor, y falté en este punto á mis gefes no cumpliendo con lo que deseaban.

El señor presidente: ¿Y vd. no conoció que el fuego que hacían los alabarderos era para repeler las fuerzas que trataban de penetrar en las habitaciones de S. M.?

El acusado: Yo no sabía á quien se hacía el fuego, ni quien lo hacía.

El señor presidente: Pero vd. no podía figurarse que los alabarderos hiciesen el fuego al aire.

El acusado: Yo no ví á nadie subir las escaleras de palacio, y por lo tanto no pude saber á quien lo hacían.

El señor Mendez Vigo: ¿A qué hora se fué vd. de palacio?

El acusado: A media noche poco mas ó menos, he dicho en mis declaraciones.

El señor Mendez Vigo: ¿Quién le acompañaba á vd.?

El acusado: Mi hermano.

El señor Mendez Vigo: ¿Su señor hermano de vd. en el momento que llegaba á palacio le vió á vd. y le aconsejó la salida?

El acusado: Si señor.

El señor Mendez Vigo: ¿A qué hora llegó?

El acusado: Lo ignoro; yo estuve en el cuartel hasta que fui á palacio, donde le ví despues.

El señor presidente: Hay en los autos una declaración contra vd. Aparece en ellos una declaración en que se dice que vd. pronunció las siguientes palabras: «Si yo pudiera llegar al cuarto de S. M. ó cualquiera de nosotros, la envolvería en un capote....»

El acusado (con impaciencia é interrumpiendo al señor presidente): Son falsas.

El señor presidente (concluyendo el periodo): la pondría delante de un caballo y escaparía.

El acusado: Son falsas: yo repito lo que dije en mi declaración; que si hubiera creído que se atacaba la persona de S. M., hubiera sido el primero en defenderla.

El señor presidente: ¿Pero podía vd. creer que el fuego de los alabarderos era fuego al aire? ¿No conocía vd. que era un fuego que defendía la morada de S. M., y de consiguiente que se cometía un delito en atacarla?

El acusado: Repito á V. E. que no lo sabía.

El señor presidente: ¿Tiene vd. otra cosa que declarar?

El acusado: No señor.

El señor presidente: Puede vd. retirarse.

El acusado: Se retira despues de saludar á los señores del consejo.

Pocos momentos despues se fallaba este proceso por los mariscales de campo don Dionisio Capaz, don Pedro Mendez Vigo, don Nicolás Isidro, don Pedro Ramirez, don Antonio Quintanilla, don José Grases y el brigadier don Ignacio Lopez Pinto, condenando á don Dámaso Fulgoso á la pena de ser pasado por las armas.

En cumplimiento de esta sentencia don Dámaso Fulgoso fué puesto en capilla el mismo día á la una de la tarde y pasó en ella 24 horas durante las cuales cumplió con sus deberes de cristiano. El día 11 á igual hora de la mañana se verificó el fusilamiento de este desgraciado militar que marchó contrito al lugar del suplicio en medio de un inmenso gentío que acudió á presenciar este doloroso espectáculo. Al saludar la bandera no dirigió su voz al pueblo ni al ejército: en su lugar lo hizo su defensor el señor Vallabriga comandante del batallón de artillería de plaza de la milicia nacional. Pocos momentos despues había cesado de existir el desventurado Fulgoso, víctima como tantos otros de nuestras malhadadas discordias civiles.

CAUSA CONTRA EL TENIENTE DON MANUEL BORIA

Y EL SUBTENIENTE DON JOSÉ GOBERNADO,

oficiales ambos del regimiento infantería de la Princesa.

La primera diligencia importante que se encuentra en este proceso es la declaración indagatoria de don Manuel Boria.

Este oficial dijo que en la noche del 7 estaba con su regimiento en el cuartel de Guardias de Corps donde se hallaba desde las cuatro y media de la tarde con motivo de haber orden para revista: que á las seis y media poco mas ó menos entró el teniente coronel y el comandante de su batallón dando orden para que no se permitiera salir á nadie: que á las siete poco mas ó menos se mandaron formar las compañías, saliendo en seguida fuera del cuartel: que pasado un rato el

general Concha y los comandantes de batallón dieron las voces de viva Isabel II; viva la Constitución, mandando en seguida marchar, lo que hicieron todos ellos formados con dirección á palacio; y al llegar á las inmediaciones de este dieron la voz de *quién vive* los centinelas que estaban á la puerta del Príncipe, cuya voz fué contestada por un coronel diciendo: *La Princesa*, y que el declarante siguió sin entrar en Palacio unos diez ó doce pasos, sin embargo de entrar la compañía; pero aproximándose á él el teniente coronel, le dijo: *adentro*, lo que obedeció; y hallándose dentro mandó el comandante del primer batallón en voz alta *subir por la escalera principal*, lo que así ejecutaron; pero al llegar á la puerta de la sala de guardia de alabarderos principiaron á hacer fuego los que la habían subido: que el declarante los dió voces repetidas para que cesase el fuego, lo que no obedecieron, cargando despues otras compañías, una despues de otra, retirándose el declarante con la suya al patio de palacio. En este estado el deponente trató de marcharse para presentarse á los gefes de la plaza, lo que no consiguió por impedírselo los centinelas y el oficial de la guardia de provinciales que se hallaba en la puerta principal del enunciado edificio.—Que salió de esta corte en la madrugada del 8 con parte de su compañía, haciéndolo por el campo del Moro por orden de su teniente coronel mayor don N. Novillas: que al llegar á la puerta de San Vicente les dieron el *quién vive*, al que se adelantó el brigadier Pezuela al punto donde dieron dicha voz, contestando á esta voz el dicho Pezuela, á su parecer, *nacionales*, y continuando su marcha por el camino de Castilla: que al llegar á la fuente llamada de los Once Caños fueron cargados por caballería, á cuyo tiempo mandó el general Concha, que iba un poco adelante, á *formar cuartas*, en cuyo acto dió la voz el declarante á *derecha é izquierda*, obedeciendo su mandato, y retirándose el deponente con parte de la fuerza hacia el río, tratando de venirse á esta corte con la fuerza que le seguía y la demás que pudiese recoger, pero al querer ejecutarlo se presentaron varios soldados diciendo: «Mi teniente, todo el que va por la carretera es acuchillado;» en vista de lo cual todos los que acompañaban al declarante se dispersaron, por cuyo motivo siguió su marcha por el camino orilla del río sin dirección fija, esperando amaneciese para presentarse á la primera autoridad que encontrase, no habiéndolo hecho hasta las diez ú once de la mañana en que vió, á bastante distancia del camino, que llegaban dos guardas sin duda del Pardo, con gorras de cuartel; y pareciéndole nacionales se dirigió á ellos con el cabo de su propia compañía Pedro Fernandez, quien se le había incorporado antes de amanecer, y se presentaron á los mismos, siendo conducidos por estos al Pardo, y desde allí adonde se encuentran arrestados.—Que no tenía absolutamente ni el mas leve antecedente de cuanto sucedió en la referida noche, ni tampoco persona alguna le había hablado sobre ello, ni había oído que se acometiese á palacio bajo pretexto alguno, aunque antes de emprender la marcha corrió la voz de *que nos iban á robar la reina*, cuya voz oyó al general Concha y gefes del regimiento.

Tales son las manifestaciones hechas en sus declaraciones por el teniente Boria. Contra este procesado obran algunas declaraciones; de las que se deduce que estuvo mandando en la escalera de palacio el fuego que se dirigía contra los guardias alabarderos; y entre estas declaraciones, merece citarse como la de mayor importancia la del teniente coronel don Domingo Dulce que insertamos en la causa del general Leon.

El subteniente don José Gobernado dijo en su declaración indagatoria que despues de haber estado á las siete en el cuartel, volvió al mismo á las siete y media por orden de sus gefes, y á su entrada oyó que las compañías bajaban en el mayor desorden, unos individuos cargando y otros armando bayoneta, por lo que se dirigió á la suya y no la encontró; pero se incorporó luego con ella en la plazuela de Afogados: que se dirigieron á palacio y tomaron posición á la izquierda de la entrada, donde descansaron sobre las armas, y entonces el general Concha mandó cerrar la puerta del Príncipe, dando orden para que nadie saliese por ella, permaneciendo el declarante con su compañía en el mismo punto hasta las once de la noche, en que se le mandó subir con su compañía á la escalera principal de palacio á ocupar los sitios ocultos que en la misma había ocupado con anticipación la compañía de cazadores del segundo batallón: que al retirarse el teniente Boria con la compañía de cazadores le señaló al esponente los puntos por donde hacían fuego los alabarderos, mas no habiendo estos continuado su fuego, previno el que declara á los suyos no lo hiciesen; mas habiéndose separado para hacer aguas y observar lo que pasaba por el patio, oyó dos ó tres tiros y acudió inmediatamente, siendo informado por los suyos de que los alabarderos les habían hecho fuego, á lo que ellos les contestaron con dos ó tres disparos, y entonces salió el sargento que se hallaba en la galería, previniendo que no hiciesen fuego, lo que así verificaron, permaneciendo en el indicado punto hasta el amanecer, hora en que se retiraron, y habiéndose presentado el que declara al coronel, fué arrestado inmediatamente.

Tanto Boria como Gobernado habían manifestado en sus declaraciones que ellos eran oficiales subalternos, y como tales solo les tocaba obedecer: que estaban acostumbrados á respetar á sus gefes y á ejecu-

tar sus órdenes sin preguntarles la razón de lo que mandaban, y que como ademas oían victorear á Isabel II y á la Constitución, no creyeron que se llevaba ninguna mira hostil á la reina ni al gobierno.

Concluida la lectura del proceso, en cuya acusación pidió el fiscal la pena de muerte contra los acusados, se presentó ante el consejo el teniente Boria, y comenzó el siguiente interrogatorio:

El señor presidente: El consejo por mi órgano pregunta al capitán Boria si tiene algo que alegar para que lo haga de todas las razones que puedan disminuir el crimen horrendo de que es acusado.

El acusado (con notable despejo y serenidad): Tengo que decir al consejo que mi norma desde que entré al servicio militar fué siempre la de una obediencia ciega á mis gefes; en aquella ocasión por ningún motivo pude yo sospechar que me condujeran á semejante precipicio: fui allí sin saberlo, y una prueba de esto mismo que ahora estoy esponiendo al consejo, es la de que en mi hoja de servicios no hay una sola mancha que pueda oscurecer y enpañar los que á mi patria tengo prestados.

El señor presidente: Tiene vd. manifestado en sus declaraciones que un oficial de provinciales le impidió la salida de palacio.

El acusado: Dos veces.

El señor presidente: Y ¿cómo se llama?

El acusado: No puedo decir á V. E. el oficial que era.

El señor presidente: Vd. negó que se había encontrado en la junta, y despues ha confesado que se halló allí.

El acusado: Yo no negué que había estado allí, lo que si dije entonces y repito ahora, es que no había estado en junta de ninguna clase: aquel día entré y salí en el cuartel como varios de los oficiales: allí no había reunión con ningún objeto; los gefes se reunieron, y mientras yo estuve, se habló de cosas indiferentes.

El señor presidente: Sin embargo, consta del proceso que en el número de los 16 se contó con vd. para un ponche que se dispuso.

El acusado: Lo que en esto hubo fué que el gefe dijo que hacía bastante frío, y que para no sentirlo tanto por la noche, sería bueno hacer un ponche: me sé si contaron conmigo ó dejaron de contar.

El señor presidente: Vd. se encontró con su compañía en la escalera principal de palacio, en la cual se hacía fuego á los alabarderos que guardaban la real morada: ¿cómo mandaba vd. ese fuego?

El acusado: El fuego no se mandó por mí, detrás de la compañía había gefes que pudieran mandarlo, y aunque yo quería detenerla, mi voz no se dejaba oír.

El señor presidente: No obstante tiene vd. la desgracia de que hay un testigo que dice que vd. fué el que mandó hacer fuego y en el careo así lo ha confirmado.

El acusado: Ese testigo en el careo dudaba, porque dice que no estaba en el mismo punto que yo, y de consiguiente si no lo podía ver, mal puede decir que era yo el que le mandaba.

Se presentó ante el consejo el sargento segundo José Luis, y previo el juramento que le recibió el fiscal, fué interrogado como sigue.

El señor presidente: Tiene vd. dicho en su declaración que el teniente Boria mandó el fuego que se hacía en las escaleras de palacio.

El testigo: Si señor.

El señor presidente: Y ese á quien vd. se refiere ¿es el señor? (señalando al acusado.)

El testigo: Si señor.

El señor presidente: Vaya vd. con Dios.

El sargento se retira acompañado de un ayudante de plaza.

El señor presidente: Posteriormente parece que fué vd. relevado por el alférez Gobernado, y tuvo usted cuidado de señalarle los puntos por donde los guardias alabarderos hacían fuego.

El acusado: Pero no le mandé que hiciera fuego, y si le dije los puntos por donde lo hacían los alabarderos fué para que se precaviera de ellos.

El señor presidente: Es que de aquí el consejo podría sacar la consecuencia de que ese señalamiento indicaba el punto por donde debía hostilizar.

El acusado: Yo no le mandé hostilizar punto alguno; vino á relevar mi compañía, y yo entonces le dejé el puesto que ocupaba y el que debía ocupar la suya.

El señor Mendez Vigo: ¿Por qué intentó vd. salir de palacio?

El acusado: Porque muy luego comprendí que aquello estaba bastante malo: vi que allí no había orden; que había pocas compañías, y entonces traté de marchar de palacio dos veces para ir á mi regimiento, y se me intimó volver atrás.

El señor Mendez Vigo: ¿Y no podía vd. entonces disponer de fuerzas?

El acusado: No señor: mi compañía estaba distribuida parte en un lado y parte en otro.

El señor Mendez Vigo: ¿Y dónde quedó la compañía?

El acusado: Se llevaron parte de ella.

El señor Mendez Vigo: Y ese valor que vd. ha tenido en otras ocasiones, ¿no podía haberlo empleado allí al ver que estaba vd. envuelto en una conspiración?

El acusado: En la puerta había cuatro centinelas, á mas de una compañía á la parte de adentro. A mi compañía también la habían mandado que hiciese pabellones y andaba disuelta por allí.

El señor presidente: ¿Tiene vd. algo mas que manifestar?

El acusado: Nada absolutamente.

Se retira haciendo un respetuoso saludo.

Terminado el interrogatorio del teniente Boria, se presentó ante el consejo el subteniente don José Gobernado, á quien se interrogó en la forma siguiente:

El señor presidente: Señor Gobernado, parece que vd. fué á relevar al teniente Boria en el punto que ocupaba, y que le señaló á vd. los puntos por donde los guardias alabarderos hacian fuego, y que vd. lo hizo tambien.

El acusado: Esclentísimo señor, subí á relevar al teniente Boria con la fuerza que habia quedado abajo. Subia tambien el teniente coronel, y cuando llegamos á la galería desapareció; mas Rabanet fué el que hizo presente á la tropa los puntos por donde hacian fuego.

El señor presidente: ¿Pero vd. no hizo fuego contestando á los alabarderos?

El acusado: Estándome paseando por la galería, hubo un disparo salido de los alabarderos, y en seguida hubo unos cinco ó seis disparos de fusil de la tropa que yo mandaba: salí entonces á la escalera y dije: «que si no habia mandado que no hiciesen fuego.» y dijeron «que antes lo habian hecho los alabarderos,» y entonces dí la orden de que, «aunque los alabarderos lo hiciesen, no lo hicieran ellos.»

El señor presidente: ¿Y cómo no ha alegado vd. esa circunstancia en sus declaraciones, tratando de justificarla con algun testigo?

El acusado: Es cierto que no lo hice presente, á pesar de que el señor fiscal no ha omitido esa circunstancia.

El señor presidente: Si, pero la circunstancia de que aunque los alabarderos hiciesen fuego no se les contestara por la tropa, no consta.

El acusado: No señor; en esta disposicion permaneci hasta que, viéndome obligado á hacer una necesidad, bajé al patio, y subiendo á la escalera, á la izquierda, me encontré con dos dependientes de palacio, que no puedo decir quienes sean, los cuales empezaron á llorar, diciendo: «Señor oficial, á vd. nos amparamos; hemos estado aqui metidos desde que la tropa vino, y tememos que nos hagan daño.» Los llevé conmigo y los bajé á las cocinas, donde estuve en conversacion con los dependientes de ellas, y al dia siguiente me presenté en cuanto pude á mi coronel.

El señor presidente: ¿Tiene vd. algo que manifestar?

El acusado: Estoy convencido de que tanto el señor fiscal como mi defensor habrán cumplido con su obligacion. Una obediencia sin limites me condujo allí, y por lo que arroja el proceso VV. EE. verán que no estaba ligado de manera alguna con los rebeldes. Hacia tres dias que me habia dado de alta por enfermo, y una ciega obediencia me llevó al cuartel, donde me encontré con que mi compañía estaba fuera, y me enteraron de los vivas que se habian dado, diciendo que querian asinar á la reina, y que era preciso salvarla. En la plaza de Alfigidos pregunté si algun gefe me habia echado de menos, porque habia estado de servicio; que si sabian qué era aquello, y me dijeron «que no.» Fuí á palacio, y cuando vi el fuego, ya aquello me chocó, y queriéndome marchar no pude hacerlo. Estas razones suplico al consejolas tome en consideracion.

Puso término á la audiencia de estedia la diligencia practicada con el objeto de que el teniente Boria fuese reconocido por el coronel Dulce.

Prévio juramento recibido por el señor fiscal, fué interrogado como sigue:

El señor presidente: Tiene vd. manifestado en sus declaraciones que el capitán Boria mandaba la tropa que hacia fuego.

El testigo: Si señor; es cierto.

El señor presidente: Pero en el careo, conforme con lo que vd. habia manifestado, añadió que se podia haber equivocado; pero que por la estatura creia que podia ser él. El consejo desearia que se aclarase este punto.

El testigo: Yo me refiero á lo que tengo declarado, y es que la primera compañía venia mandada por un teniente de baja estatura, delgado de cuerpo, á quien no conocí, y con quien me encaré, el cual no me contestaba mas que con monosílabos, mostrando un grande aturdimiento; entonces le puse la espada al pecho; mas viendo que los soldados se agrupaban como para echarse sobre mí, entonces tomé la escalera con precipitacion, y al llegar á los leones tiraron cosa de cuatro ó cinco tiros, los cuales están señalados en lo último de la mampara; entonces cerré esta y media puerta, y el fuego empezó por una y otra parte. Hubo un momento de suspension, me llamaron, pregunté: ¿quién vive, y se me contestó, cazadores de la Princesa: y quien los mandaba decia llamarse Boria; pero á ese yo no le conocia. En lo único que creo que disiento, es en si mandó ó no este preparar las armas cuando me encaré con él.

El señor presidente: Pero vd. en el careo ha podido distinguir si es esa la misma persona.

El testigo: No señor; no lo he podido distinguir.

El señor Mendez Vigo: Es imposible que al ponerle vd. la espada al pecho haya dejado de conocer la estatura.

El testigo: En cuanto á la estatura, si señor, pero no para afirmarlo; ademas eran las siete y media, y yo

tenia muchísimas atenciones, y no era cosa de que me parara á reconocer su cara.

El señor presidente: Se levanta la sesion pública.

Pocos momentos despues falló el consejo este proceso, condenando á Boria y á Gobernado á la pena de ser pasados por las armas. Ambos fueron puestos en capilla, disponiéndose su fusilamiento para el siguiente dia 10 de noviembre.

A las dos de la tarde salieron de la prision en un coche, y acompañados de sus defensores. Su semblante sereno, su color natural, manifestaba el valor con que marchaban al suplicio; mas de una vez asomaba la sonrisa á sus labios; y Boria especialmente, saludaba con el mayor agasajo á cuantos conocidos encontraba en el tránsito. Llegados al campo de Guardias saltaron del coche. Ambos conservaron una serenidad imparable; pero Boria dejó admirados á cuantos presenciaron el tremendo acto. Luego que bajaron del coche, su defensor fué á darle el abrazo de despedida; mas él le contestó sonriéndose, que aun no era tiempo, y principió á marchar hácia el cuadro con la mayor firmeza. Llegado á él, pidió permiso para hablar, y habiéndosele concedido, subió á un pequeño ribazo, desde donde hizo una breve allocucion, manifestando que habia servido fielmente la causa de la libertad, que se habia encontrado en muchas acciones, y que en todas habia obrado como un militar pundonoroso. «Si no he hecho mas, añadió, no ha sido por falta de valor ni voluntad, sino porque no he podido encontrar otras ocasiones de servir á mi país.» Concluyó diciendo que moria tranquilo, y que se creia inocente por el testimonio de su conciencia. Por último, dió un enérgico viva á la libertad y á la reina Isabel II.

En seguida pidió permiso á la autoridad y á su compañero de infortunio para mandar ambos piquetes; concediéndosele, y despues de alinear exactamente los soldados, haciendo salir á unos y entrar á otros, mandóles dirigir la vista á la izquierda, como si mandara un simple ejercicio, les advirtió que la voz de fuego seria para ambos piquetes; puestos cada cual en su lugar, y conservando tambien Gobernado la mayor sangre fria, mandó Boria preparar las armas y apuntar; mas de un minuto tardó en dar la voz de fuego, y este tiempo le invirtió en desabrocharse el uniforme para presentar desnudo aquel valiente pecho á las balas. Se quitó el chaco, que dió al capellan que tenia á su lado, pronunció las voces de *preparen armas, apunten, fuego.* Apenas acabó de hacerlo dejó de existir. A Gobernado le dispararon al mismo tiempo, pero fué necesario que el cabo del piquete le dirigiese otro tiro á la cabeza, pues de la primera descarga no quedó muerto.

Asegúrase que Boria fué cazador de la milicia nacional de Madrid, que salió voluntario á hacer la guerra contra don Carlos, y que dió en ella pruebas de un valor admirable. En dos acciones fué sacado de entre los muertos, y su cuerpo estaba pasado con varios balazos recibidos en el campo del honor, y en defensa de la causa nacional.

La parte de la poblacion de Madrid que presencié este tristísimo espectáculo, no pudo menos de consagrar un tributo de admiracion al jóven que, contando apenas 23 años, habia mostrado en sus últimos momentos un valor y serenidad tan extraordinarios, que rayaron en lo fabuloso, y que serian increíbles, si no se tratara de un hecho tan positivo como doloroso.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCON.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA (1).

Pobre y espatriado, despues de haber ocupado los principales destinos públicos hasta el escaño ministerial, acaba de fallecer don José Maria de Orbe y Elio, marqués de Valde-espina, que nació en Irun el 6 de setiembre de 1766.

Hijo de ilustres padres, les debe una esmerada y escogida educacion, habiendo recibido los primeros rudimentos literarios en el colegio de Escuelas Pias de Zaragoza. Luego que hubo adquirido el idioma latino, aprendió matemáticas en la academia de cadetes del regimiento de caballería de Santiago, trasladándose luego al celebrado seminario de Vergara.

Perocomo el porvenir del hombre es hijo de la época en que vive, y de las circunstancias que le rodean, Valde-espina no siguió una carrera literaria, sino que al declararse la guerra entre España y la república francesa, despues de rodar por el patíbulo la cabeza de Luis XVI, abandonó los estudios cambiando el hábito talar por el uniforme de la milicia, los libros por las armas. En aquella corta campaña, sirvió el marqués en el primer batallón de Guipúzcoa, alcanzando por sus servicios el ascenso á capitán, con cuyo grado se retiró al celebrarse la paz; marchándose á su palacio de Ermua, en Vizcaya á curarse las heridas recibidas en la campaña, teniendo una en la mano derecha, de la cual tuvo que sufrir la amputacion.

No le impidió esto prestar nuevos servicios á su

(1) Aunque tenemos publicados en la *Galería militar contemporánea* algunos apuntes biográficos de este personage carlista, presentamos ahora su biografía con importantes modificaciones y con mas estension.

patria; pues si no con las armas, acreditó su patriotismo cuando fué elegido diputado general del señorío de Vizcaya en 1802, desempeñando dignamente en calidad de tal comisiones del mas alto interés al lado del gobierno.

Al invadir Napoleon la España, parecióle á Valde-espina que sus deberes como militar le llamaban á combatirle, y corrió de los primeros á alistarse en las filas, de los que, no mutilados como él, habian de humillar el altivo vuelo de las águilas imperiales.

En esta segunda campaña, el 12.º batallón de Vizcaya le tuvo á su cabeza de coronel.

Terminada la guerra, no habia reposado aun Valde-espina de sus fatigas, cuando se publicó la constitucion de 1820, y como sus opiniones eran tan convenientemente opuestas al nuevo sistema, la prevencion de las autoridades se fijó sobre él, y Seoane, gefe político á la sazón de Bilbao, le encerró en la cárcel pública, y lo deportó despues de una dilatada prision á las islas Canarias; atribuyóse por algunos la causa de este destierro á indiscretas manifestaciones, exaltadamente fueristas. Hízose á la vela en diciembre de 1822 en el bergantin Atrevido, partiendo de Portugal, y una horrible tempestad le obligó á arribar á Cádiz, donde permaneció preso, buscando incesantemente medios de evadirse, lográndolo el 7 de julio de 1823, que marchó al Puerto de Santa María en una lancha pescadora, conduciendo órdenes importantes para la regencia de Madrid y el duque del Infantado.

Vuelto Fernando de su llamado cautiverio, regresó Valde-espina á su país, siendo nuevamente elegido por este en 1825 diputado general, y encargado de la organizacion de los voluntarios realistas, dándole al mismo tiempo el mando de la cuarta brigada, el escudo y la cruz de fidelidad.

Al penetrar Mina en la Península con los emigrados liberales en 1830, se dió al marqués el mando de la reserva del ejército que se organizó en las provincias Vascongadas.

Elegido por tercera vez diputado en 1833, se hallaba desempeñando tan honorífico cargo al fallecimiento del rey, y entonces comenzó la época mas importante de su vida, si bien á fuer de españoles deseáramos no hubiese figurado tomando tan activa parte en el sangriento drama de nuestras discordias; pues fué de los primeros que enarbolaron pendones por don Carlos.

Hallábase con su familia en su palacio de Ermua, cuando fué llamado á Bilbao á consecuencia de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta villa al saberse la muerte del rey, y obedeciendo al punto se pone á la cabeza de los insurrectos, y publica en union de sus compañeros de diputacion la siguiente proclama:

VIZCAINOS:

«Una faccion anti-religiosa y anti-monárquica se ha apoderado del mando durante la larga enfermedad de nuestro difunto rey, y trata de ir adquiriendo ascendiente para esponeros sin defensa á los ataques de la revolucion y de la anarquía que combatimos en 1823. Sus partidarios aparentan que consideran las leyes antiguas y fundamentales del reino, abolidas por otras nuevas, y despues de haber alterado el orden de sucesion al trono con una audacia de que no presenta otro ejemplo la historia, quieren hacer á España cómplice de sus abominables maquinaciones que la propaganda revolucionaria inventa para destruir el orden social en Europa. Con tal objeto se traman intrigas públicas y privadas, y la célebre fidelidad de este glorioso país no puede escaparse completamente de sus ramificaciones.

«VIZCAINOS: la lealtad que anima vuestros corazones, estaba contenida mientras la existencia del monarca oponia una barrera á la manifestacion de vuestras opiniones; pero ahora que la Providencia ha tenido por conveniente llamarle á mejor vida, os ha electrizado el patriotismo mas noble y puro, y rompiendo las cadenas de la esclavitud que os querian imponer, habeis proclamado á vuestro legítimo soberano el magnánimo y virtuoso don Carlos Maria Isidro de Borbon, que se os ha presentado rodeado del amor de todos los españoles, para cicatrizar las llagas que el genio destructor del orden social os habia causado.

«VIZCAINOS: perseverad, como todos los buenos españoles en vuestra valerosa resolucion. La diputacion que se halla á vuestro frente dará la señal á vuestro celo y entusiasmo, y cuando vuestros esfuerzos, unidos á los del resto de España, hayan conseguido colocar en el trono de San Fernando á vuestro muy amado monarca don Carlos V, ¡qué felicidad será la vuestra, pues habeis demostrado al mundo entero que no habeis degenerado y que sois dignos sucesores de vuestros ilustres é intrépidos ascendientes!—El marqués de Valde-espina:—S. Javier de Batiz.—Fernando de Zabala.—Bilbao 3 de octubre de 1833.»

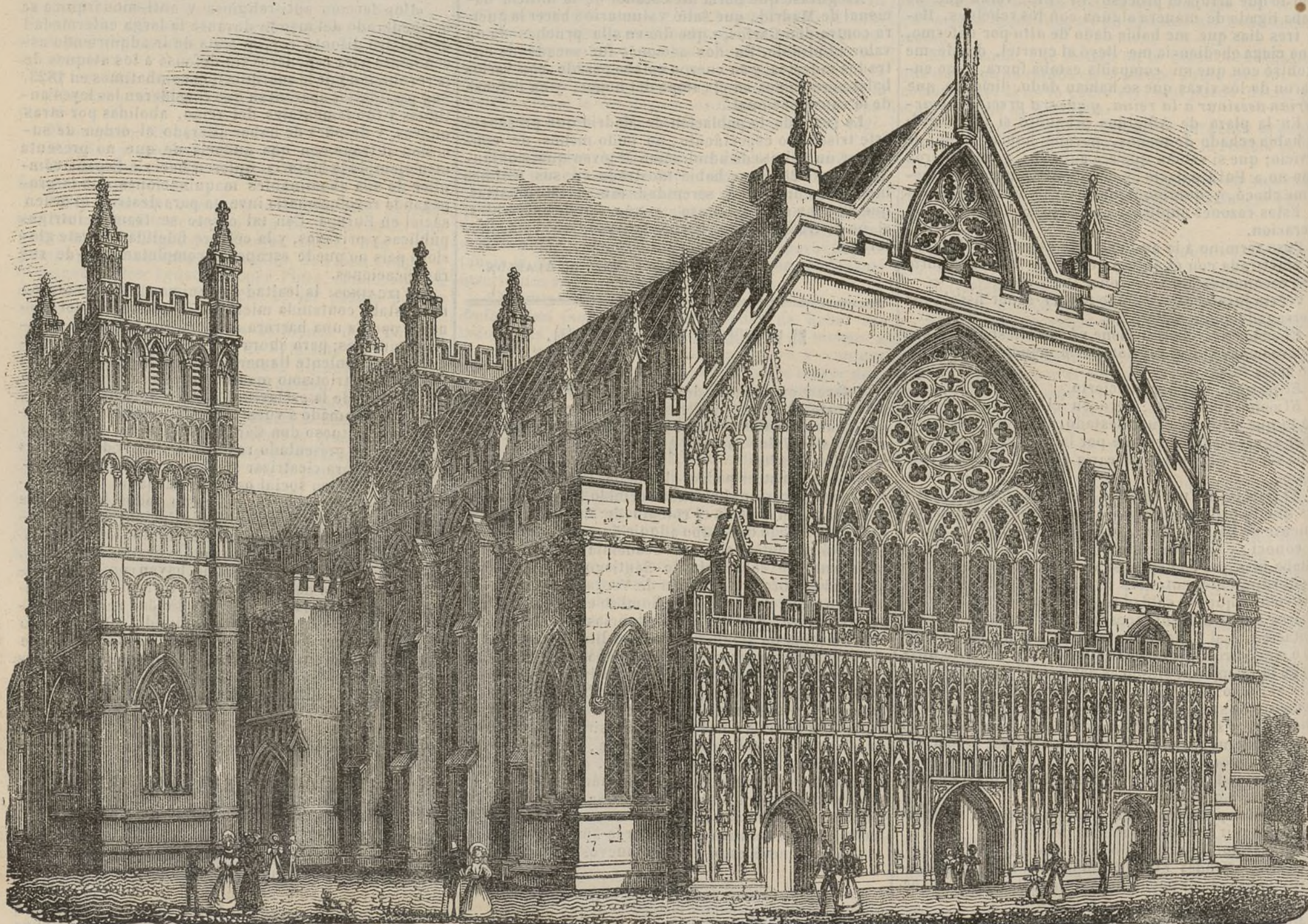
(Se concluirá.)

CUATRO CATEDRALES EN INGLATERRA.

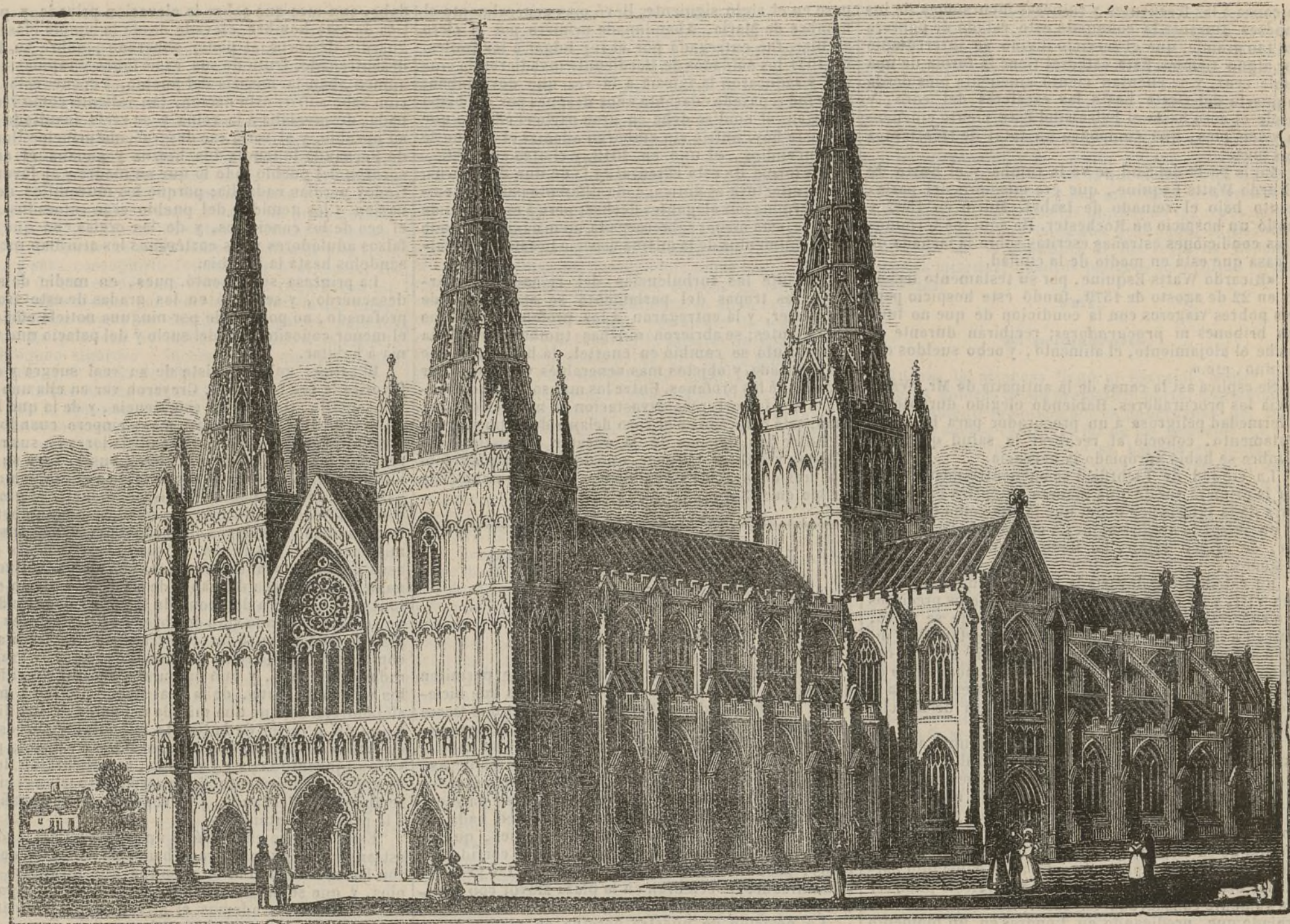
Etelredo el Sajon, rey de Kent, poco tiempo despues de su conversion al cristianismo, fundó la iglesia de Cantorbery y la de Rochester. El castillo de Bromley fué dado á este último en el siglo VIII; y despues los obispos de Rochester han tenido siempre en él un palacio. Esta iglesia es pobre, y se atribuye



Catedral de Rochester.



Catedral de Exeter.



Catedral de Lichfield.



Catedral de Worcester

la causa á las frecuentes y ruinosas incursiones de los daneses. Durante la conquista este estado de pobreza era tan grande, que el servicio divino se interrumpió por algun tiempo. Esta catedral tiene la forma de una doble cruz, y se cuentan ciento cincuenta pies desde la puerta del Oeste hasta las escaleras del coro, y desde el coro hasta el balcón del Este ciento cincuenta y seis pies, que componen un total de trescientos seis pies.

En la parte del Sud se ve la tumba y el busto de Ricardo Watts Esquive, que era miembro del parlamento bajo el reinado de Isabel. Murió en 1597 y fundó un hospicio en Rochester. He aquí los términos y las condiciones extrañas escritas sobre la fachada de la casa que está en medio de la ciudad.

«Ricardo Watts Esquive, por su testamento fechado en 22 de agosto de 1579, fundó este hospicio para seis pobres viajeros con la condicion de que no fuesen bribones ni procuradores; recibirán durante la noche el alojamiento, el alimento, y ocho sueldos cada uno, etc.»

Se explica así la causa de la antipatía de Mr. Watts hacia los procuradores. Habiendo elegido durante su enfermedad peligrosa á un procurador para hacer su testamento, conoció al recobrar la salud que este hombre se había apropiado la herencia.

La ciudad de Lichtfield se encuentra mencionada por la primera vez de una manera auténtica en la historia de la iglesia por Bede, que la cita como el parage de un obispado anglo-sajon. La etimología de su nombre, de origen sajón, ha dado lugar á muchas discusiones.

Su catedral fué devastada bajo el reinado de Enrique VIII, y se confiscaron todos los objetos preciosos que encerraba, á escepcion de la silla que se salvó, merced á las instancias que el obispo Rowland Lea dirigió al rey. Este prelado fué menos feliz en sus esfuerzos para conservar la iglesia y el monasterio de Coventry, edificios notables, y á los cuales se unia el recuerdo de la célebre Godiva, duquesa de Mercie; ambos fueron completamente demolidos.

El servicio divino por espacio de algunos años se estuvo celebrando en la casa del capítulo, y cuando Jhon Hacket fué nombrado obispo en la restauracion, la catedral no era mas que un monton de ruinas; pero su celo y su actividad allanaron todos los obstáculos. Poseia esta última cualidad á tal grado, que el mismo día de su llegada á Lichtfield mandó empezar los trabajos, y en el espacio de ocho años consiguió borrar las señales de la devastacion, y la iglesia pudo ser nuevamente consagrada en 1669. Este es el mismo prelado que, predicando en Londres en un momento de persecucion, vió invadida la iglesia por gente armada que solo á él amenazaba, y dijo á aquel que le apuntaba al pecho con una pistola: «Soldado, yo hago mi deber, haced vos tambien el vuestro.» Despues, únicamente protegido por su grande serenidad, continuó el servicio divino.

La ciudad de Exeter, á la cual llamaban los romanos *Isca Damnoniorum*, está situada en la ribera de Exe, de donde deriva su nombre moderno. Exe ó Isk es una antigua palabra bretona que significa *agua*. Muchos monasterios fueron á su vez fundados ó destruidos sobre el terreno que ocupa hoy la catedral. Eduardo, el confesor del rey, fué el que, reuniendo los obispos de Cornwall y de Devon, fijó la residencia del obispo en Exeter. El primer titular fué Leofrico, que tambien era lord canceller.

La iglesia, entonces dedicada á San Pedro y á San Pablo, no ha conservado mas que el primer santo por patrono: era en un principio poco espaciosa, pues no tenia mas que setenta pies de longitud. Warlewast, obispo normando, la agrandó en 1107 y puso los cimientos del coro, y se cree poderle atribuir igualmente las altas torres del Norte y del Sud, que subsisten todavía. La oposicion de Rivers, conde de Devon, á los derechos del rey Esteban, atrajo sobre la ciudad las calamidades de un sitio; muchos monumentos fueron incendiados, y entre ellos la catedral. Durante un periodo de ciento cuarenta años se consagraron sumas considerables á su reparacion; pero parece que estos trabajos parciales no fueron de ninguna utilidad, pues el obispo Quiril, que ocupó la sede en 1280, se considera por casi todos los escritores como el fundador de esta catedral, que ocupa un rango distinguido entre los monumentos célebres.

La catedral de Exeter tiene trescientos pies de largo y setenta y seis de ancho. Su altura hasta la bóveda es de sesenta y nueve pies, y la de las torres normandas de ciento treinta. El edificio es de piedra y las columnas de escelente mármol. La torre del Norte contiene un reloj muy curioso dado por un obispo de la familia de los Courtenay por los años de 1478. El mecanismo y la figura de los ornamentos son notables: la tierra está en el centro, la luna da vueltas en el espacio de un mes, cambiando de aspecto segun las fases que aparecen notadas en el círculo interior. Otro globo representa el sol, que indica las veinte y cuatro horas. La inscripcion relativa á estas horas, *pasan; pero son contadas*, está llena de una melancólica espresion.

Setenta y tres prelados han ocupado la silla de Exeter, notándose entre ellos á Jorge Neville, que fué obispo en 1438, no habiendo cumplido aun los veinte y cinco años, y llegando á ser canceller antes de cumplir los veinte y ocho.

La primera iglesia de Worcester fué construida hacia el año 680 y dedicada en su origen á San Pedro;

pero en el siglo siguiente, llevó mas generalmente el nombre de María. Abandonada primero por el clero secular, fué entregada por el rey Edgar á los frailes. En 1041 los soldados de Hardienute invadieron la ciudad y saquearon la iglesia á la vez que devastaban; pero fué repasada cuarenta años despues por el obispo Walstan, al cual se debe en gran parte el edificio que subsiste hoy. Sufrió sin embargo ademas el ataque de dos incendios, el uno en 1013, y el otro en 1202.

La forma de esta catedral es la de una doble cruz; su arquitectura es gótica: cada diferente parte del edificio termina por elegantes flechas; pero á escepcion de la torre, está menos sobrecargada de ornamentos, que los monumentos de la misma especie lo están generalmente.

Durante las turbulencias del reinado de Carlos I, las tropas del parlamento se apoderaron de Worcester, y la entregaron á las profanaciones mas repugnantes; se abrieron muchas tumbas, la iglesia del capítulo se cambió en cuartel, la biblioteca que fué saqueada, y objetos mas venerables vinieron á ser juguete de los profanos. Entre los mausoleos que escaparon á esta horrible devastacion se nota el del rey Juan: está colocado en el coro delante del altar mayor.

Entre los obispos de Worcester se distingue á Wolstan y á Gugt Latimer, uno de los primeros reformadores de la iglesia anglicana, que fué nombrado obispo en 1535.

LA PRINCESA DE ASTURIAS.

(Conclusion.)

VII.

Situacion de familia.

Los límites que me he impuesto no me permiten dar cuenta de los honores extraordinarios que hicieron á la princesa desde Barcelona, donde tomó tierra hasta Madrid, ni describir las funciones reales que tuvieron lugar en esta capital con ocasion de su matrimonio con el infante don Fernando, príncipe de Asturias. Estos honores, los bailes, las ceremonias, los juegos, las diversiones populares, todos se parecen. Las funciones reales en España no ofrecen nada de particular, si se exceptúan las iluminaciones, que se hacen con hachas y vasos de colores, y las corridas de toros, peculiares de este pais, y que en las grandes solemnidades se celebran en la plaza Mayor con grandes gastos y ostentacion.

La posicion de nuestra heroina en medio de su nueva familia, al lado de una reina, porque es superfluo contar al buen Carlos IV para nada, en atencion á que no figuraba en el trono sino como una decoracion, merece ser examinada. La reina era la que gobernaba, ó mas bien su favorito don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, el Potemkin de la España. Su política habia tenido constantemente por objeto alejar al heredero del trono de los negocios. Joven y lleno de porvenir, tenia la pretension de llevar un día la corona del hijo como llevaba realmente la del padre; en consecuencia todo su trabajo, todo su objeto se dirigia á hacer incapaz de reinar á Fernando, y nada omitió para que fuese un príncipe ignorante. Los ayos, preceptores del real infante, eran creaturas del audaz favorito, y Dios sabe el modo con que desempeñaban sus cargos; algunos libros de piedad eran las solas lecturas que le permitian; el montar á caballo su único recreo. La reina, su madre, le tenia á bastante distancia siempre, para que hubiera podido enterarse de los negocios ni aun del método de su vida; así, jamás se aproximaba á su madre sin la mas severa etiqueta.

Esta soberana, implacable é imperiosa con todo el mundo, era obediente y tímida con Godoy; no siendo este el primer ejemplo que la historia nos ofrece en las reinas. Sábese que Catalina II, llamada la Semíramis del Norte, esta soberana, ante quien temblaban todas las Rusias, se dejaba dócilmente apalea por Orloff. En honor de la verdad y de la justicia, Godoy jamás trató mal á la reina María Luisa. El poder que ejercia sobre ella, y que muchas veces la hacia temblar, provenia no solamente del ascendiente que habia sabido conquistar, sino de las numerosas galanterías á que se entregaba la reina, galanterías por las que, lejos de mostrarse celoso Godoy, las protegia y aun elevaba á los favorecidos por María Luisa; empero todo esto le daba mas fuerza y ascendiente sobre ella. Ademas, Godoy habia sabido fascinar al buen rey Carlos IV, que le amaba como pudiera hacerlo si fuese su propio hijo. Este monarca confiado era esclavo de su muger, á quien miraba como un ser superior; le aventajaba efectivamente en talento y en espíritu generoso y leal, grandes cualidades de reina que no han podido eclipsar las debilidades de muger.

El príncipe de la Paz tenia tan sometido á su soberano, que no pensaba, no hablaba, no obraba sino por el consentimiento de *Manolito*, como le llamaban, diminutivo de su nombre, *Manuel*. Todos estos detalles son históricos.

La nacion española, tan amante de sus reyes, tan ávida de su consideracion personal, consideracion á que se habituó desde el reinado de Carlos V, porque la influencia de un hombre grande no muere con él, sino que tiene eco de siglo en siglo, sobre todo en hombres de corazon, y Dios sabe si los castellanos lo tienen bien, la nacion española aborrecia al favorito con toda la fuerza de su energía; y este odio se fun-

daba, aun mas que sobre la elevacion privada y política de este hombre, elevado desde la simple clase de guardia de corps al poder soberano, sobre su lujo desenfrenado, fruto de sus exacciones y rapiñas, que aumentaban la miseria del pueblo. Porque esta nacion sabe sufrir; esta nacion, tan valiente como resignada, despreciaba á la reina y se creia insultada por su oprobio, y al ver á ese desgraciado príncipe llamado Fernando le tendia los brazos y ganaba él en el corazon del pueblo todo lo que su madre y el favorito Godoy perdian cada día; porque los murmullos de la nacion y los gemidos del pueblo eran sofocados por el eco de los conciertos, y de las orgías con que los falsos aduladores y los cortesanos les aturdiran incendiándolos hasta la infamia.

La princesa se presentó, pues, en medio de este desacuerdo, y se sentó en las gradas de este trono profanado, no poseyendo por ninguna noticia oficiosa el menor conocimiento del suelo y del palacio que venia á habitar.

El primer golpe de vista de su real suegra y del favorito le fué favorable. Creyeron ver en ella una joven sencilla, tímida, sin experiencia, y de la que harian fácilmente una esclava mas; empero cuando la oyeron responder á todos los embajadores en sus respectivas lenguas, cuando la vieron buscar para su biblioteca obras que revelaban la clásica educacion que habia recibido, cuando la vieron manejar el pincel con habilidad y dedicarse á la música como un artista consumado, entonces entrar en en cuentas consigo mismos, y el resultado de sus investigaciones los asustó. Era natural su miedo: el marido podia iluminarse á la antorcha del saber de su esposa. Hasta entonces el heredero del trono de España y de las Indias no se habia rodeado sino de abyectos y asalariados espías de Godoy, cuyo favorito trató de desacreditarle con el rey y con la reina por medio de falsas y exageradas relaciones, y aun procuraba hacerlo ridiculo á los ojos de la corte, de la cual siempre lo tenia muy alejado. Así es, que una mirada del autor de sus dias, y aun del príncipe de la Paz, le imponia; y por esto, en medio de los dorados artesones de su estancia pasaba su juventud triste y abatido, con el corazon lleno de hiel y resentimiento. En tan triste situacion el cielo se apiadó de Fernando, y le concedió por compañera á la princesa Antonia.

Esta tampoco encontró ni un amigo en esta corte estrangera; ninguna mirada benévola, ningun corazon fiel se unió á ella. Preciso fué que levantase los ojos, y que se uniese de todo corazon á su esposo. La desgracia es ademas el atractivo que simpatiza mas prontamente y produce ademas los efectos del amor; la simpatia por tanto lo hizo necesarios el uno al otro. El alma elevada é impresionable de Antonia no pudo soportar con sangre fria el estado de aislamiento á que habian reducido á su marido; fué por consiguiente su guia, su preceptor, y se entregaron juntos á un trabajo casi continuo, pudiéndose decir, que á su esposa, mas que á las lecciones del P. Scío, de la Escuela Pia, debió Fernando VII los conocimientos que adquirió en literatura. Su muger le revelaba una nueva vida. Las continuas ocupaciones de la princesa cautivaron de tal manera su atencion, que no tuvo tiempo de mirar á lo pasado, siendo para él una gran felicidad, pues que pudo desterrar sus recuerdos y fijarse sinceramente en lo presente, encontrando la mayor dulzura en unos vínculos que tanto habia temido. Los príncipes de Asturias dieron el ejemplo de una union perfecta, leal y pura, en medio de una corte corrompida, donde solo se respiraba el aire pestilencial de la voluptuosidad.

Despues de su matrimonio, el príncipe de Asturias era otro. Manifestaba cierta seguridad, cierto aplomo en las conversaciones que tenia con su padre, y mas particularmente con la reina, á la que siempre le dirigia reconvencciones, aventurándose hasta manifestarle los grandes inconvenientes que resultaban á la monarquía del favoritismo de Godoy.

El rey Carlos IV buscaba la compañía de sus hijos, y á pretexto de consagrarse á la música iba muchas veces á su estancia, donde se olvidaba de todo, estando horas enteras en su grata compañía, y abandonándose á los sentimientos de padre que la intriga y la ambicion previosa habian desterrado de su corazon. Empero Carlos IV estaba mas fanatizado que la misma María Luisa por Godoy; así es, que resistia constantemente las insinuaciones que le dirigian los príncipes. Sin embargo, los cortesanos creian ver en las disposiciones nuevas del rey que la estrella del favorito comenzaba á palidecer, y que terminaria en eclipsarse por los rayos del amor paterno, y siempre prontos á adorar el poder que nace empezaron á agruparse alrededor del príncipe de Asturias. La actitud de Fernando cambió súbitamente. En lugar de aparecer como oprimido, el príncipe se presentaba como vencedor; y este triunfo era obra de una muger que habia obrado este milagro en quince meses; y esta joven que fijaba todas las miradas, que atraia todos los corazones, iba á ser madre. ¡Cuántos motivos de esperanza para unos y de desesperacion para otros! Godoy, trémulo de furor, y la reina, doblemente agobiada en su ambicion y amor propio de vieja y de coqueta, no vieron sino una rival en la esposa de Fernando. Esta esposa era joven, graciosa, sumamente instruida; ¡cuántos motivos para desear su perdicion!

Los malos se comprenden fácilmente. Así, la reina Luisa y su favorito Manuel bien pronto se pusieron acordes sobre un punto en que ademas estaban igual-

mente interesados, porque Antonia hubiera concluido por hacer del príncipe de Asturias lo que Godoy nunca quería, á saber, un príncipe enérgico, y Godoy quería que su influencia, que se ejercía entonces sobre un rey débil y crédulo, se extendiese también en lo sucesivo sobre su heredero.

La juventud y el mérito de la princesa de Asturias eclipsaban á su suegra, rebajaban su poder, é iba á ser el centro común de donde emanasen todas las gracias, y adonde se dirigieran todas las ambiciones. He aquí lo que la reina de España quería á toda costa impedir, no queriendo ceder á nadie su protectorado.

El resultado de sus cálculos fué tratar de presentar al príncipe de Asturias como culpable de alta traición, y para conseguirlo comenzaron á organizar alrededor de los esposos un sistema de inquisición tal, que no había acción, por inocente y sencilla que fuese, que no fuera objeto de continua ocupación para los espías. La princesa no tardó en observar la especie de bloqueo rigoroso é incesante en que la habían colocado, y se quejó de ello; empero no obtuvo mas respuesta que fútiles razones, siendo cada día mas intolerable la opresión en que se hallaba, y el tedio y fastidio vino á morar en la estancia donde antes reinaba la sinceridad y la alegría. Fueron menos afectuosos y mas reservados con el buen Carlos IV; sus visitas eran ya menos frecuentes que antes, porque donde nace la inquietud se aleja la alegría, y el rey no encontraba el mismo encanto que antes.

Empezaba á triunfar el plan que se habían propuesto la reina y el favorito. Esta frialdad la aprovecharon oportunamente, haciendo reemplazarla con la discordia, y lo lograron apelando á la calumnia. Presentaron al rey un folleto, que se atribuía á sugestiones de la princesa, y no faltaron testigos que depusiesen, porque la reina y Godoy disponían de las minas del Potosí. Carlos IV se arrepintió bien pronto de haberse dejado conmover de su hijo y de su nuera; los apellidó ingratos, y sin explicación alguna decidió que saliesen para Aranjuez.

Esta desgracia les fué tanto mas penosa, cuanto que no podían adivinar como podían haberla merecido. Escribieron al rey y á la reina, y el príncipe de la Paz les devolvió sus cartas que no habían sido leídas. ¡Tanta fué la humillación por que hicieron pasar á los herederos de su trono! La princesa, menos habituada que su marido á mirar al favorito como el árbitro y el dueño de la monarquía, le preguntó con altivez cómo había osado encargarse de semejante misión, si era en su calidad de ministro del Estado, ó en su condición de simple guardia de corps, añadiéndole que en el primer extremo era demasiado grande, y en el segundo demasiado pequeño. Esta pregunta, hecha delante de varios grandes de España que le acompañaban, fué con objeto de recordar al favorito al punto tan bajo, desde donde sin mérito, y sin mas que por el capricho de la reina, se había levantado tan alto.

Los príncipes de Asturias marcharon á Aranjuez; y allí, en la soledad, por medio del estudio, encontraron el modo de divertir y distraer sus penas. El rumor de su desgracia circuló bien pronto por Madrid, donde la princesa Antonia se había granjeado el afecto general entre todas las clases.

Esa corte servil y complaciente, que se arrastraba á los pies de Godoy, se dividió entonces en dos campos; sintió aun una centella de altivez castellana, y se conmovió de indignación al ver la insolencia del favorito. Fernando podía contar en secreto con gran número de partidarios, de los que por largos años se habían doblado ante el orgullo y el poder de un ex-guardia de corps, que no teniendo por todo patrimonio mas que su espada, ni por habilidad mas que la de rasgar con gracia una guitarra, se había elevado hasta el punto de que todas las dignidades del Estado eran pocas para él, pues que se le había dado un palacio á semejanza de sus príncipes, desplegaba en su persona y trenes un lujo igual al del monarca, se le había formado una guardia de honor particular, y se había llegado hasta el extremo de darle la mano de una princesa de sangre real (1), á quien pocos días después de su matrimonio había abandonado.

Irritado el pueblo de la especie de ostracismo de sus príncipes, á quienes adoraba, acusó altamente al favorito, y aun hizo alguna demostración á la puerta misma del palacio en el momento en que iba á entrar, profiriendo amenazas de muerte y gritos sediciosos contra Godoy, el cual no debió su salvación sino á los esfuerzos de la escolta con que salía siempre. Empero este pueblo que entonces se contentó con protestas de esta manera, debía un día, perdido todo respeto y recobrando la dignidad propia de españoles, derribar el ídolo que lo ultrajaba.

El favorito fué á ver á la reina, y la instruyó del insulto que acababa de recibir. Sorprendido quedó de la sangre fría de esta cuando le dijo: cálmate Manuel, tenemos la ocasión de vengarnos, y es preciso aprovecharla; sabes que la aguardamos hace largo tiempo.

Entonces los dos se metieron en un coche sin las armas reales, y se dirigieron al Pardo, donde se hallaba cazando el rey. Encontráronle cerca de la Puerta de Hierro, cuando ya volvía á la corte. La reina hizo parar su carruaje, entró en el del rey, y fingiendo una angustia que no sentía, porque estaba dotada de mucha firmeza, le pidió justicia como á su rey. Conmovido este por semejante petición, y notando por otro lado el desorden pintado en el semblante de Ma-

nolito, exigió una pronta explicación de todo. La reina, como mujer hábil, compuso su rostro y su discurso segun las circunstancias, y no dejó de añadir á la relación de los hechos ocurridos que también *El* había tenido parte en las injurias que el pueblo había proferido; lo cual era enteramente falso, porque el pueblo solo se había pronunciado contra el favorito. Pero Luisa conocía el corazón humano; sabía que aquel que recibe la ofensa es el que está mas dispuesto á castigarla, y procuró atraer la venganza contra su nuera, dando á leer al rey una carta que se suponía escrita á su madre, la reina de Nápoles, y cuyos caracteres irritaba perfectamente. Por esta carta la daba noticia del dominio que había conseguido tomar sobre el alma de su marido, detallándola todas las combinaciones que formaba para poder colocar la corona en sus sienes antes que la naturaleza le diese este derecho, preparando el camino por medio de sediciones con el pueblo y con la corte. El falsario no había omitido alusiones injuriosas ni al rey, ni á la reina, ni al príncipe de la Paz. María Luisa conservaba guardado este horrible documento hacia algunos días, y lo tenía así para producirlo en ocasión oportuna. El suceso que acababa de verificarse servía extraordinariamente á sus proyectos; y fácilmente se concibe el horror que experimentarían el rey al leer semejante carta; apenas podía creer á sus mismos ojos; y ademas se sabe que las gentes débiles y de carácter apacible son mas de temer en un momento de cólera. Empero este no era el objeto de la reina; temió que la princesa se justificase, lo que hubiera hecho facilísimamente, y se quiso sobre todo evitar un escándalo que conmoviese al pueblo. Aguardó, pues, á que el rey se calmase un poco, y le hizo comprender con Godoy que era de toda prudencia el callarse por el pronto, y que podrían descubrirse los planes cuando se verificase el parto de la princesa, siendo lo esencial por el momento el separarla del príncipe á causa de la peligrosa influencia que ejercía en persona. El rey por consiguiente desfiló la manifestación de su enojo, aprobó las medidas que tomaban la reina y Godoy, y estos volvieron á adquirir todo el ascendiente que por un momento llegaron á perder se les escapase; se les dió carta blanca.

El primer uso que hicieron de ella, fué volver á Madrid, convocar el consejo de Castilla, y comunicarle una orden, por la que se le decía que la salud de la princesa de Asturias se había alterado hasta tal punto, que sería peligroso para el heredero del trono el cohabitar mas largo tiempo con ella; que esta alteración, que había dado lugar á su partida á Aranjuez, se había agravado, y que era prudente enviarla al Escorial, cuyo aire favorable le sería conveniente hasta el momento de su parto.

Mucho chocó á todos este mal súbito de que se anunciaba atacada la princesa. Se había notado si mas reserva en su carácter, y que vivía mas retirada, empero á nadie había llegado á traspasar aun esta enfermedad. Los agentes y aduladores del favorito propalaron que se había vuelto loca, y que esto era el resultado de su embarazo. Los que lo creyeron la compadecieron de corazón, porque todos la amaban mucho; otros empero temieron la suerte que la aguardaba.

Después de esta sesión del consejo se dió orden al príncipe para que á toda prisa viniese á Madrid. Esta orden emanaba de la mano de su padre. Ignorando lo que había pasado, se entregaron á la mas pura alegría, creyendo que habían vuelto á la gracia de los reyes. Dos móviles había habido para esta disposición. Era preciso que la presencia de Fernando calmase al pueblo de Madrid, y que quedando en Aranjuez la princesa, fuese mas fácil la ejecución de los proyectos que se tramaban.

El príncipe fué recibido y saludado con entusiasmo en la capital de España, no comprendiendo él nada de aquel transporte y aquella efervescencia que excitaba su presencia; el príncipe empero fué recibido friamente por su padre; casi puede decirse que quedó como arrestado en su propio cuarto del palacio de Madrid, ensayo y preludio sin duda del verdadero arresto que mas tarde debería sufrir en el monasterio del Escorial. Volvamos ahora á la princesa.

Apenas se había separado de ella el príncipe de Asturias, uno de los agentes de Godoy, don Miguel Izquierdo, vino á significarle el decreto por el que se disponía separarse de su marido. El rey se había conformado con este decreto; nada faltaba á su desgracia; la infeliz quedó anonadada, y como herida de un rayo. En vano se perdía su imaginación buscando la causa de los continuos sinsabores que aquejaban su vida; iba á ser madre, y era el mas inoportuno momento para privarla del solo ser que la amaba, de aquel cuya presencia le era tan necesaria. Dos arroyos de lágrimas inundaban su semblante, y una horrible perplejidad destrozaba su corazón. La camarera mayor vino turbada, temblorosa, á decirle que Izquierdo lo había preparado todo para su marcha al Escorial, y que los guardias de corps estaban dispuestos.

La princesa llamó á este agente de Godoy y le dijo que quería dirigirse á Madrid, añadiendo con toda la dignidad de una mujer virtuosa y ultrajada que quería saber de boca del rey mismo qué derecho tenía para separarla arbitrariamente de su marido, sin motivo, sin deliberación legal alguna, y ejercer sobre ella, hija de un rey, mujer del heredero del trono de las Españas, y bien pronto madre de un descendiente de María Teresa, violencias que no toleraría ni sufriría un simple particular. Abrió ella misma las puertas de su estan-

cia, y reclamó la protección de los guardias de corps; empero esta guardia, que algo mas tarde había de derrocar al favorito, y hacer descender del trono á Carlos IV, en defensa del príncipe de Asturias, entonces permaneció impassible.

La princesa Antonia abandonó á Aranjuez para ir al Escorial. Recorrió aquel mismo camino que poco tiempo antes había recorrido en compañía de su esposo casi triunfalmente, y en medio de las aclamaciones del pueblo, que veía en ella la que debía llevar un día el cetro de las Españas, y hoy marchaba casi prisionera á habitar en medio de las tumbas de los reyes, como para ver el lugar que la estaba destinado. El Escorial es el lugar de la sepultura de los reyes de España. ¡Cuántas miserias, cuántos peligros se ocultan en las grandezas!

VIII.

El primogénito.

Apenas la princesa llegó al Escorial, sintió los primeros dolores de un prematuro parto. Comunicóse inmediatamente la noticia por el gobernador del real sitio. Este suceso cambió la faz de los negocios. La esposa del heredero del trono se hallaba en cinta de siete meses, y el niño podía vivir. Era preciso en esta hipótesis que las cosas pasasen con todo el aparato de la etiqueta. El corazón del buen rey Carlos IV, que sentía hacia mas de veinte y cuatro horas acerbadas penas y violentos combates, experimentó un instante de reacción favorable. Sus reflexiones, algunas contradicciones que había notado en los acusadores de Antonia, respectivas á la carta que se le imputaba escrita á la reina Carolina de Nápoles, habían despertado su espíritu, si bien estaba muy distante de pensar siquiera que la reina y el príncipe de la Paz fuesen culpables de una acción tan criminal como esta; empero un bueno y leal castellano, el duque de San Carlos, á quien amaba mucho, y en quien había puesto su confianza, había calificado este hecho de insigne calumnia, y conjuraba á S. M. á ilustrarlo por medio de un escrupuloso procedimiento y de los mas minuciosos detalles, dirigiendo las sospechas del rey sobre Izquierdo, hácia el cual tenía una repugnancia invencible, por mas que fuese muy apreciado de la reina y de Godoy. Esta conjetura tomó fuerza y mas crédito cuando le vieron encargarse con alegría de la misión que debía entristecer á la princesa, y le reconocieron desde luego como enemigo personal suyo, prometiendo el rey al duque de San Carlos ir dentro de pocos días al Escorial, á hacerla una visita de incógnito, y á informarse de ella él mismo.

En semejante disposición se hallaba, cuando le anunciaron que la princesa iba á ser madre antes del término ordinario. Atribuyó este accidente á la revolución que debió experimentar por la orden de su violenta salida de Aranjuez, y declaró que iba á ir al Escorial; pero la reina, alarmada ya por esta circunstancia inesperada, notando la emoción del rey, el cual había soltado algunas espresiones que manifestaban pesar y desconfianza, pretestó que su deber era asistir á su nuera, y quiso resueltamente acompañar al rey, lo cual retardó la marcha con gran disgusto del príncipe de Asturias. Marchó este por lo tanto solo al Escorial. Eso era lo que deseaba su madre, porque hubiera temido mucho una conferencia á solas entre el padre y el hijo, y la reconciliación que de ella podía resultar. El príncipe de la Paz, ambicioso, y favorito previsor, había obrado con mas celeridad, porque estaba mejor servido. El gobernador del Escorial era uno de sus agentes, razón por la cual tenía una noticia exacta de todos los pasos, de todas las acciones de su augusta prisionera; así es que él había sabido primero que nadie el estado en que se hallaba.

La historia no puede probar mas que con los rumores, y con lo que fué entonces la opinión de los contemporáneos, el gran crimen que se achacó al favorito. La princesa acababa de dar á luz un niño robusto, aunque nacido antes del término señalado. Olvidó sus pesares y sus dolores ante la satisfacción y el consuelo de ser madre, y fué su consuelo tanto mayor, cuanto que volvió á ver á su esposo, y juzgó que este nacimiento podía producir una reconciliación, disipando las nubes que habían tenido apenas tiempo de oscurecer el horizonte entre ella y su nueva familia, porque presumía que una mala inteligencia era la sola causa de todo lo que la pasaba. Ademas, se sabe cuan inefable son las alegrías de una mujer cuando es madre, es un completo enagenamiento, una embriaguez de placer que no deja lugar alguno al pesar.

Antonia vertió lágrimas al abrazar á su primogénito; empero esta vez eran lágrimas de felicidad. El primogénito fué en el acto bautizado de socorro; y la primera persona que llegó de Madrid fué un boticario enviado por Godoy con el encargo de establecerse en la estancia de la princesa. Se aproximó con sigilo á la cuna del real infante, el cual se había confiado á la servidumbre de las mugeres, y súbitamente le hizo respirar un frasco de éter envenenado. Apenas había cometido este crimen, cuando el ruido de los coches de la corte se oyó, y la especie de confusión que reina en tales casos hizo que el crimen permaneciese oculto, empero el recién nacido experimentó bien pronto las convulsiones de la muerte. Asustadas las mugeres se apresuraron á prestarle todos los socorros, mas fueron inútiles; la muerte había tocado con su dedo terrible aquella víctima; y cuando el rey impaciente con el príncipe de Asturias entraron á verle no abrazaron

(1) La duquesa de Chinchón, sobrina de Carlos IV.

entre sus paternos brazos sino un cadáver, teniendo el dolor de recibir sus últimos suspiros al darle los primeros besos.

El golpe que recibió Fernando fué terrible, tan terrible como grande había sido la embriaguez de su alegría al ver que tenía un sucesor y que veía con la mayor felicidad á su querida esposa. ¿Cómo decirle á esta su nueva desgracia, y que sus alegrías de madre habían sido un relámpago que había durado solo un instante?

Terrible fué la situación en que se halló la princesa de Asturias. La aflicción del rey Carlos IV era también real y profunda, y sirvió de pretexto á la reina para obligarle á volver á Madrid. En vano quiso que dase al lado de sus hijos, y consolarlos vertiendo lágrimas á la par de ellos; su presencia allí era perjudicial á los proyectos de María Luisa, y el rey cedía facilísimamente á todos sus menores caprichos é insinuaciones, porque ella sabía emplear aquella elocuencia dulce y persuasiva que poseía en el mas alto grado, y que tan gran crédito le había asegurado en el espíritu y crédulo corazón de Carlos IV. Esta vez salió mal; deseaba hablar sin testigos á la princesa, y seguir la línea de conducta que le había trazado el duque de San Carlos.

Viendo la reina que nada podía conseguir, y que el rey se obstinaba en permanecer en el Escorial, recurrió al patriarca de las Indias, Arce, hombre de pocos alcances, y que repetía sin variar una sílaba lo que la reina le recitaba: este era el confesor del rey. El patriarca repitió la lección que le habían dado; reprendió al rey por entregarse á un dolor culpable, tratándole de rebelión á los decretos de la divina Providencia, y diciéndole para vencer su débil corazón que era preciso abandonar una morada que le recordaba á cada instante esta fatal idea. Fué preciso, pues, al rey despedirse de su nuera, y tomar otra vez el camino de Madrid. La despedida fué en presencia de la reina. La princesa manifestó su sorpresa, y experimentó una secreta inquietud al sorprender ciertas señales en los ojos de aquella. Luisa por única respuesta lloró también, y tomando bruscamente una mano de Antonia, la dijo que su hijo había espirado entre horribles convulsiones, y que ese era el motivo de la marcha del rey y de su común dolor. En vano su hijo trató por señas de hacerla guardar silencio, porque los sentimientos y dolores maternos no eran nada para aquella reina insensible. Con la mayor sangre fría, que desmentía la sinceridad de las lágrimas que derramaban sus ojos, entró en los menores detalles de la muerte de este niño; refirió sus gritos, sus crispaciones, sus menores movimientos, se complació en fin en revolver el puñal dentro del corazón de la joven madre, que quedó en la terrible situación que es fácil adivinar sin necesidad de describirla.

Una fiebre paralizó los miembros de la recién parida, y estuvo á pique de ser víctima de su dolor. Durante dos días se desesperó de salvarla la vida; empero triunfó su juventud y buena constitución. Grande fué el desquite de la reina y del favorito, que habían permanecido en el Escorial sin duda para escuchar de mas cerca los últimos suspiros de su víctima.

La princesa descansaba algunas horas, y había vuelto ya al conocimiento, cuando un concierto de voces resonaba en el monasterio. Era la numerosa comunidad de San Gerónimo, habitante de este monasterio, que acompañaba los restos mortales de su hijo. En la parte exterior se oía también el eco de las campanas y el ruido de los tambores que llegaban aunque debilitados, á la régia estancia de la enferma, y eran los primeros y últimos honores que se tributaban á aquel príncipe, que apenas puesto el pie en la vida había descendido al sepulcro, aquel ángel tutelar que había aparecido como la paloma portadora de la oliva y había desaparecido inmediatamente. Se estaban celebrando los funerales del hijo del príncipe de Asturias.

IX.

El escorpión.

Sorprendido é indignado el príncipe de la dirección que había tomado el convoy fúnebre, dirección que le parecía tanto mas extraña, cuanto que la amplitud del monasterio permitía muy cómodamente llevarla por otro punto, desde el cual no llegasen los fúnebres ecos hasta la estancia de la afligida madre, manifestó enérgicamente su pesar y desagrado al maestro de ceremonias que dirigía aquella función en el Escorial. El maestro se excusó con haber seguido en todo las órdenes de la reina, la cual le había encargado que desplegase la mayor pompa, y que atravesase la comitiva por el patio principal. S. M. añadió, había manifestado el mayor dolor al cumplir con este penoso deber, y que solo la ternura de su lecho de dolor, le había impuesto la obligación de evitar á su hijo este disgusto.

No se dejó el príncipe engañar por tan falaz discurso. Hacia largo tiempo que no podía dudar el odio de su madre á su esposa; y en cuanto á él, en pocas ocasiones de su vida había experimentado el amor materno. El curso de estas circunstancias le inspiró fatales presentimientos, concibió mas vivas alarmas, y temió los peligros que amenazaban á su querida Antonia. En su consecuencia, desde entonces se estableció á la cabecera de su lecho de dolor, administraba él mismo los medicamentos que su si-

tuación reclamaba, y ejercía la mas activa vigilancia sobre cuanto le rodeaba. Esta conducta recelosa no podía escapar á la penetrante mirada de su madre, quien le dijo un día que un hijo ingrato estaba muy próximo á ser rebelde, echándole al mismo tiempo en cara faltas de respeto.

Marchó inmediatamente á Madrid la reina, y allí supo con furor que el estado de enfermedad de la princesa ocupaba á toda la población, que la multitud acudía todos los días al palacio para leer con avidez el Boletín de salud que daban los médicos, y que el duelo público contrastaba notablemente con el desden aparente de la corte.

Para distraer la atención pública, el príncipe de la Paz imaginó dar una fiesta en su propio palacio, á pretexto de celebrar la vuelta de la reina á Madrid, anunciando con el mayor énfasis estos regocijos públicos. El día de la fiesta, á que asistió la reina, el pueblo indignado apagó la iluminación, y los gritos de ¡viva don Fernando, viva doña Antonia, muera Godoy! resonaron en todo Madrid, y mas principalmente alrededor del palacio del príncipe de la Paz.

El rey, testigo esta vez de esta manifestación de descontento, volvió á la mala disposición en que se hallaba, y que casi le habían impuesto, no quedando ya duda en su espíritu limitado y corto, de que su hijo y su nuera sublevaban al pueblo contra su autoridad. Los sediciosos proclamaban sus nombres, y así la culpa de los principios le pareció evidente, y el autor principal de todos estos males la docta hija de Carolina de Nápoles; su ciencia fatal era la palanca de que se había valido para conmovir y dominar completamente á su marido. En su consecuencia se propuso un sistema de rigor, y dispuesto á ceder á las maquinaciones de Godoy, se halló dispuesto también á todo si se restablecía la salud de la princesa. Figúrese cuán conformes eran estas disposiciones á las miras de los dos enemigos de la princesa, y cuántas fuerzas darian á sus argumentos.

Por segunda vez el rey dió orden al príncipe de volver á Madrid; pero este, afeccionado por la experiencia de lo pasado, rehusó obedecer. Escribió una carta tierna y respetuosa á su padre, y en ella le decía que la princesa se hallaba sumamente delicada, y que en tal disposición no podía abandonarla.

Esta negativa fué el pretexto de las incesantes persecuciones que sufrió en el Escorial, adonde fué enviado Izquierdo para disponerlas. Redobláronse las guardias; colocáronse piezas de artillería en algunos puntos, y no dejaron penetrar á nadie en el palacio, sin orden expresa del príncipe de la Paz, excluyendo aun de la entrada á los embajadores de Nápoles y de Austria. Esto es histórico. Cuando la angusta enferma la permitieron sus fuerzas tomar el aire, hasta se le rehusó la entrada en los jardines, y fué precisa una orden escrita del príncipe de la Paz, que marcaba las puertas por donde debía entrar y salir.

Esta designación degradante exasperó el alma de los príncipes, y principalmente de la princesa. Entonces escribió realmente á la reina de Nápoles, para quejarse de las humillaciones que sufría, y la hizo una sensible y larga relación de todo lo que había pasado, y de la dureza de la reina, que parecía autorizar la audaz insolencia de Godoy. Estas palabras subrayadas no podían menos de herir el orgullo de aquel á quien quería nombrar por sus actos; pero esta mancha estaba escrita en la memoria de todos los españoles con caracteres de sangre. Terminaba su carta diciendo que no experimentaba mas consuelo en sus males que el tierno cuidado y afecto de su esposo, y el amor de su pueblo.

Un page, con cuya fidelidad se creía poder contar, se encargó de llevar esta carta al embajador de las Dos Sicilias; pero sea temor, sea traición, la llevó primero á casa del príncipe de la Paz. Este enseñó la carta á la reina, y después de haberla leído, le dijo: «¿Qué hacemos, Manuel?—Dejarla seguir su camino, y aguardar la respuesta,» replicó este. Esto también es histórico.

Llegó esta respuesta, y fácil es pensar lo que aconsejaria una mujer tal como Carolina. La respuesta era corta, y también es histórica. Mas vale matar al diablo, que no que el diablo nos mate, decía después de haber recalado finamente la frase en que su hija la hablaba del amor del pueblo, y continuaba: Dios os ha colocado en España para regenerar sus hijos, y llevarlos á hacer triunfar la buena causa que un rey débil les ha hecho abandonar hace largo tiempo. Estas espresiones hacían alusión al estado de paz que conservaba la España con la Francia, precisamente entonces, cuando la Europa entera se había sublevado contra ella.

Fácil es también concebir el efecto que produjo esta terrible carta, ella hizo ya posibles las capitulaciones de la conciencia de la reina y del favorito, y desde aquel instante fué preciso que la princesa pereciese á toda costa. Deliberaron largo tiempo acerca de los medios y el modo de burlar la vigilancia que el príncipe don Fernando, naturalmente desconfiado y ahora mucho mas por las circunstancias, tenía. El rumor público de entonces ha conservado hasta ahora como un hecho, que la princesa Antonia murió envenenada.

A pesar de que la princesa cada día se iba restableciendo de su parto prematuro y de sus graves disgustos, había quedado muy débil y lánguida, y el príncipe no la abandonaba ni un momento, así como tampoco una camarista que velaba todas las noches á su lado. Esta última tenía la costumbre, propia de los

climas cálidos, de tomar un vaso de helado; una noche sintió gran necesidad de dormir, necesidad que la fué imposible combatir y que atribuyó al cansancio y al excesivo calor. La misma princesa había cedido también á las dulzuras del sueño, del que no había disfrutado por muchos días después de su parto. Apenas había dormido un poco exhaló un grito de dolor que despertó á la camarista. Llegó al lecho de la princesa, se precipitó sobre ella, y vió sobre su pecho un objeto asqueroso, un escorpión de especie venenosa, de los que no son muy comunes en España, y que despertando á la princesa con su terrible picadura, le había causado una herida mortal. Quien había introducido allí el venenoso animal, fué un misterio sepultado en las tinieblas, pero que el rumor público no atribuyó á mera casualidad.

La alarma se esparció inmediatamente en el palacio; los gritos intolerables de la desgraciada Antonia, revelaban los atroces dolores que iban á conducirla á la muerte; el príncipe desesperado quería atentar á sus días. Los médicos reconocieron inmediatamente el estado funesto de la herida, buscaron la causa, encontraron el escorpión envuelto entre los pliegues de la sábana, y atribuyeron la deplorable desgracia á la casualidad que había conducido tan asqueroso reptil á la estancia de la princesa.

La química fué impotente para dulcificar los devorantes dolores que había producido el veneno, de suerte que la víctima caminaba á pasos agigantados al sepulcro. No eran gritos humanos, eran horribles aullidos los que exhalaban sus desoladoras quejas. El príncipe y sus criados pasaban horas enteras de rodillas, rogando al cielo que terminase pronto el afflictivo estado de la princesa; tal era el terrible estado á que la había reducido la enfermedad. Sus votos fueron oídos.

Una noche la cámara de la reina de España en el real sitio de Aranjuez, donde se encontraba la corte, se encontró iluminada por una claridad singular y como sobrenatural. S. M. velaba, aunque acostada, porque los remordimientos pesan por la noche mas que durante el día, y son el medio de vengar los crímenes que se cometen. Dirigió sus miradas al lado de donde venia la luz, y se situaron sobre la luna de un magnífico espejo en que creyó ver la imagen de su nuera. Apenas la aurora comenzaba á vagar, el fúnebre sonido de las campanas hizo saber á todos los habitantes de España la muerte de la mas adorable y desgraciada de las princesas de Asturias. El clamor público que se levantó contra esta muerte, que nadie entonces creyó casual, no ha sido desmentido mas tarde. La reina de España, María Luisa, puesta en presencia de Napoleon, que se erigió en árbitro y juez de las disidencias de la familia real y de las discordias suscitadas entre el padre y el hijo; María Luisa, repetimos, echaba en cara delante de aquel usurpador del trono de su familia á su hijo el rey Fernando VII cuantos crímenes puede achacar la malignidad, y pedía al emperador por una gracia especial que hiciese caer la cabeza de su hijo el príncipe de Asturias.

Las conferencias de Bayona son un hecho consignado en la historia, y que presenciaron muchos de los que hoy viven. Esto basta para probar y explicar todo lo de que era capaz la reina María Luisa. Así, pues, en la creencia de los españoles ha permanecido la idea de que el fatal escorpión fué llevado á la estancia de la princesa de Asturias por una mano mercenaria y aleva, mano que dirigió la reina María Luisa, guiada esta por don Manuel Godoy, ese favorito que manchó el tálamo real, vendió la España á los extranjeros, degradó la magestad de la nación, y que cuarenta y cinco años después, á pesar de la amnistía que dió Isabel II, la nieta de María Luisa, á pesar de los trastornos, de las revoluciones, y de los sucesos que han pesado sobre la España, no ha querido aun volver á su patria, donde apenas viven ya algunos de los que le conocieron en el apogeo de su poder, porque hay una cosa mas fuerte que Dios ha colocado en el corazón de los hombres, y que no pueden amnistiar los reyes de la tierra.... los remordimientos.

BREVES REFLEXIONES

ACERCA DEL COQUETISMO.

Hace algunas noches, que en cierta sociedad de buen tono, donde reinaba la mas franca cordialidad, se emitieron ideas acerca del coquetismo, y la señorita doña L***A*** linda y elegante joven, apreciable por sus buenas dotes y por su indisputable talento, hizo una ligera indicación respecto á la coqueta; pero únicamente se concretaba á patentizar el indisputable triunfo que obtenía la coqueta en sociedad sobre la mujer grave y verdaderamente sensible; semejante parecer se convirtió poco después en una verdadera cuestión, se hizo el análisis de la coqueta, y esto me suministró la idea de manifestar yo también á mi vez mi pobre opinión acerca del mismo asunto.

Decir que la coquetería no traspasa los límites del deseo de agradar, es dar una idea falsa de ella, porque el deseo de agradar es un sentimiento natural que nace de la necesidad de vivir en sociedad y que inspira indulgencia, consideraciones y todas las demás virtudes que anhelan los hombres hallar en sus semejantes. La coquetería no participa de este sen-

timiento, puesto que no hace á la muger digna del aprecio general, ni perfecciona el carácter.

La coquetería, comprendo yo, que es el deseo de inspirar amor sin tenerlo; tal es la definición que le doy.

Examinaré la coquetería solamente con relacion á



La coqueta de noche y en el balcón.

la mitad del género humano, y le daré por única base la vanidad, así como la carencia de juicio, la insensibilidad, consecuencia que marcha en pos de la vanidad.

Una muger comienza primero por desear que todo el mundo la encuentre bella, y poco después quiere que se lo digan, y seguidamente aspira nada menos que á una exclusiva preferencia: viene luego la indiferencia hacia los homenajes, cuyas demostraciones son las que necesita escitar, para el logro de lo cual emplea mucho trabajo; los celos, la envidia contra las

esta palabra con un comentario que incluye la coquetería en el número de casi todas las inclinaciones del hombre, cuyo bien y cuyo mal pueden igualmente sobresalir; por eso la prudencia provendrá del terror ó de la desconfianza, la economía de la avaricia, la dulzura de la debilidad, la generosidad de la imprevisión ó de la ostentación. No hay vicios ni virtudes que no sean susceptibles de producir su contraposición inmediata.

Si se considera la coquetería, no como una inclinación natural, sino como un arte, el objeto que se proponga y los medios que emplee, contribuirán á que la juzguemos lo mismo inocente que culpable: ¿quién condenará la astucia que ponga en juego una muger para cautivar á un marido? ¿quién se opondrá á la perseverancia y á las atenciones encaminadas á ganar los corazones por medio de la gratitud, á la igualdad de humor, al talento ó á la amabilidad en el trato social?

En vano se dirá que una coqueta, nada mas que contenta de querer ser posada, no se entrega á nadie, porque su pudor, su inocencia vendrá á colocarse en el terreno de la duda, pues el pensamiento del mal es suficiente para alarmar el uno y la otra. Por ventura la experiencia ¿nos ha demostrado que las coquetas son castas? ¿no nos dice lo contrario todos los días? ¿Singular prueba de continencia, la que consiste en dar á los hombres el deseo de separarse de ella, y que les hace sospechar que se falta á sí misma! La imaginación llena de amor, el oído atento á sus palabras, las miradas, el aspecto estudiado para inspirar, vendrían á ser preservativos contra las faltas que obliga á cometer, y provocarle en otras ¿sería un medio de defenderse de sus errores? Esto sería original, y por lo mismo no es.

Las coquetas ponen mas conato en negar la existencia del juicio, que artificio en persuadir que le



Rompimiento de dos coquetas rivales.

profesan. El primero que comparó á la coqueta al conquistador fué un hombre de buen sentido: ambas cosas marchan en armonía; ambas ponen un regocijo en el desorden, en los males de otro; no examinan ni la naturaleza de los obstáculos que se oponen, ni la naturaleza del éxito que procuran obtener.

Sin embargo, en el conquistador hay mas sensatez; se promete descansar un día y siéndole conocida la extensión del globo terrestre limita sus trabajos según las proporciones de la tierra; calcula sobre la posición del todo, y comunmente perece antes de haber devastado una octava parte. La coqueta no se limita á nada: renovándose las generaciones las invade su imaginación, y si dependiese de ella, la trompeta que ha de reunirnos en el valle de Josafat, tocaría un paso de ataque contra los resucitados que en tiempos anteriores al suyo hubiese estado lejos del alcance de sus tiros.

La coqueta no se detiene ni delante del llanto de una madre, ni en presencia de la cólera de un esposo, ni ante la vergüenza de un hijo, ni frente á la indignación y el desprecio del mundo. Lo que se llama generalmente vergüenza y deshonor aparece á sus ojos como un trofeo; se fastidia de la vida sedentaria, del trabajo de las manos, del silencio, de la economía, del descanso de los campos, de los cuidados de la familia; huye la presencia de las enfermedades y de la vejez; para ella son cosas familiares la calumnia y la mentira, y reúne la indiscreción, la astucia y la per-

fidia, presentando á los ojos de la religión, de la moral y de la humanidad el ser mas monstruoso y deplorable á la vez, pues no puede confundirse con la muger á quien habiendo turbado la razón una enfermedad ha irritado los sentidos, ni con aquella á quien consume una pasión... La coqueta no tiene sentido ni pasiones, y se cree de un mérito inapreciable. El envilecimiento y la miseria acompañan por lo regular sus últimos instantes y raramente muere resignada.

Tal es la senda funesta en que la ligereza, el gusto hacia las frívolas alabanzas, arrastran primero á una joven, y que después le hacen recorrer el orgullo, la envidia y una inesplicable aberración.

En este concepto, la delicadeza social al dar aplicación á esta palabra ha sido nociva, y cuando la irreflexión ha hecho dar al gusto del adorno el nombre de coquetería, ha cometido un error grave, puesto que la señorita á quien se le haya dirigido este epíteto se ha visto llamar tácitamente coqueta sin estremecerse.

Fielding en *Joseph Andrews* ha dado una de las mejores definiciones de la coquetería, y Mad. de Genlis en *Los caballeros del Cisne* ha trazado el retrato mas verdadero de la coqueta.

La coquetería, por lo mismo que en un principio no aparece á nuestra vista con el vicio atroz y odioso que verdaderamente encierra, es necesario prevenir contra ella á las jovencitas á fin de que conozcan lo que es indudablemente. Los primitivos signos del coquetismo son, la inquietud, la perfidia, la insaciabilidad, el descontento del presente, el sentimiento de lo pasado, y el temor del porvenir. Una muger modesta, verdadera, sensible y laboriosa, jamás será coqueta.

Finalmente, la coquetería es incompatible con la virtud.

Desearé que la señorita doña L.*** A.*** justipreeie favorablemente estas breves indicaciones que hago respecto á la coquetería.

B ***

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

Revista de España y sus provincias de Ultramar, bajo la dirección de don Miguel Rodríguez Ferrer (4). Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas, por los muy RR. PP. Fr. Manuel Buceta y Fr. Felipe Bravo (2). Instrucciones oratorias y elementos de retórica (3). Poesías y leyendas, por don Ubaldo Pasaron y Lastra (4).

En nuestra anterior revista bibliográfica hicimos mención de las obras que con mas aceptación se daban á luz, y en la actual nos proponemos hacer otro tanto con las indicadas mas arriba, lamentándonos de la perezosa lentitud con que caminan actualmente todas las publicaciones en España. La revista de España y sus provincias de Ultramar, de cuyo importante libro se ha dado á luz la primera entrega, es una obra especial en su género y de reconocida utilidad. Patentizar la importancia de nuestras provincias ultramarinas, su régimen interino, su espíritu público desde la muerte del último rey de España, y la constitución de aquellos pueblos, que forman una parte tan esencial de nuestra patria, es el fin que se ha propuesto don Miguel Rodríguez Ferrer. He aquí como dicho escritor verifica su exposición de materias.

Se propone abrazar tres secciones con los nombres de Ciencias políticas y administrativas-económicas-físicas y sociales, y de Viajes, costumbres y literatura. De este modo pretende dar á conocer nuestra gobernación y la de Ultramar, tratando á entrambas separadamente.

En la parte literaria de esta obra promete el señor Rodríguez-Ferrer dar una idea de los escritores mas aventajados de aquende y de allende, incluyendo aquellas composiciones de cuyo contraste pueda salir la ley y la medida, el reflejo y la prueba del influjo de la localidad, como la civilización de unos y de otros habitantes.

Cada uno de estos números contendrá, después de los artículos, una crónica de los acontecimientos mas notables, ocurridos en la quincena.

Como antes dijimos, ha salido á luz el primer número de esta obra interesante, la cual da principio á su árdua empresa con una cuestión internacional, á la que titula *La España y el Perú*. Sigue después un artículo sobre viajes titulado *El valle de Ayala*, escrito por don Eustoquio Fernandez de Navarrete, y una consideración respecto de los poetas españoles de Europa y de América por el director don Miguel Rodríguez Ferrer.

Con la crónica quincenal ofrecida cierra la primera entrega.

Otra de las obras de importancia que se publica actualmente es el *Diccionario geográfico-esta-*

(1) Se suscribe en Madrid en la imprenta de la calle del Príncipe, núm. 14, Monier y Cuesta.

(2) Se suscribe en Madrid en las librerías de Monier, Bailly-Baillière, Cuesta, Publicidad, Sanchez, y Calleja.

(3) Se halla de venta este libro en las librerías de la V. de Domínguez y compañía, calle de Fuencarral, núm. 24, Cuesta, Publicidad, Matute, Monier, y galería de San Felipe, núm. 2.

(4) Se hallan de venta en las librerías de la Publicidad, calle del Correo, núm. 2, de Villaverde, calle de Carretas, y de Bailly-Baillière, calle del Príncipe.

distico-histórico de las islas Filipinas. Su conocida utilidad no puede menos de ser recomendada, si tiene en cuenta que esta obra versa sobre un país, acerca del cual nada hay escrito en este concepto, si se exceptúa alguna que otra noticia suelta, y otras intercaladas entre numerosos volúmenes.

Por otra parte, no podemos dudar del buen éxito de la empresa, pues sus dignos redactores cuentan con elementos suficientes para llevarla a cima. Tienen conocimientos propios, porque han pasado muchos años en aquellos países, hablando el idioma de los indios y morando con ellos, y dedicados a un ministerio especial que requiere por sí estudio y observación.

Para dar una idea del filantrópico objeto de los RR. PP. que hacen esta publicación, no hay mas que leer la advertencia que ponen al final de la última plana del proyecto, dice así:

«Con el fin de que el filantrópico pensamiento que nos hemos propuesto en esta publicación, adquiriera las mayores proporciones posibles, hemos creído deber interesarse a todas las personas humanitarias que se desvelan por el bienestar de sus semejantes por medio de las declaraciones siguientes:

1.ª «Los autores de esta obra nos hemos propuesto, a la par que prestar un pequeño servicio a nuestra patria, ejercer a la vez un acto piadoso y benéfico; pero de ninguna manera una especulación mercantil que repugna a nuestro carácter y rechaza nuestro ministerio. Con este objeto, la parte de beneficios que nos puedan resultar despues de cubiertos todos los dispendios necesarios para desempeñar dignamente una publicación de tanto interés, hemos resuelto cederla en beneficio de los huérfanos de menor edad existentes en Filipinas, cuyos productos serán en su día remitidos al Excmo. señor capitán general gobernador de aquellas posesiones, para que de acuerdo con los muy RR. prelados misioneros, los distribuyan de la manera que crean conveniente entre los mas necesitados.

«El resultado se publicará en la gaceta oficial del gobierno.»

Esta circunstancia es recomendable por mas de un concepto.

También se publican actualmente unas *Instituciones oratorias*, extractadas de Ciceron y Quintiliano, con algunas adiciones tomadas de Bossio, Heineccio, Gesneso y otros autores, todo lo cual viene en suma a reducirse a unos *Breves elementos de retórica*.

Esta obra, que lleva algun tiempo, aunque poco, de publicada, ha merecido la aceptación de todos cuantos la han conocido, pues si bien no han mirado en ella una cosa vasta y rigurosamente metódica en su plan, no desconocen, sin embargo, su grande utilidad para aquellos que deseen obtener de una manera clara y sencilla las principales nociones que deben tener todos los hombres de todas las carreras con respecto a oratoria.

Este libro está terminado, y le recomendamos al público.

Otras de las publicaciones que han llamado nuestra atención, son las *Poesías y leyendas* de don Ubaldo Pasaron y Lastra.

Si los inteligentes no encuentran en estas poesías aquellos vivos arranques de una imaginación altamente poética, hallarán al menos sentimientos y buen decir. La agradable sencillez con que están escritas, y las pocas pretensiones de su modesto autor al publicirlas, recomiendan especialmente su trabajo.

En vista del ensayo que ha publicado nuestro joven poeta, creemos de nuestro deber alentarle, para que cultive con mas asiduidad un género de literatura, para el cual tiene brillantes disposiciones.

Con harto pesar nuestro, vista las cortas dimensiones de que podemos disponer para esta revista, omitimos insertar alguna de sus leyendas, la cual aseguramos seria leída con gusto especial.

MOVIMIENTO TEATRAL

Usurpando los derechos a nuestro ausente cronista de teatros, damos las siguientes noticias.

Son distintos los comentarios que se propagan actualmente con referencia a los teatros en la próxima temporada cómica. Los individuos de la junta del *Teatro Español* trabajan con empeño para dar a tan respetable coliseo la importancia que de suyo requiere, y sacarle del humilde estado de postración en que yacía bajo las anteriores direcciones. Ignoramos hasta qué punto llevarán a cima tan difícil empresa; pero lo que podemos asegurar, es que a la sazón no encuentran mas obstáculos y disidencias que esperamos serán allanadas con el tiempo; pero entretanto no podemos menos de lamentar la prevención de cierto periódico, que sin un exacto conocimiento de lo que sucede, hace ataques anticipados a la junta establecida para entender en este asunto.

Las obras del *Teatro Real* continúan con grande actividad; el señor Lombía parece que ha tomado el *Teatro de la Cruz*, y que se ocupa en la formación de una buena compañía: la obra del coliseo de *Variedades* quedará indudablemente terminada para setiembre, en cuya época proporcionará la empresa al público madrileño buenos ratos de solaz: el *Teatro de la Comedia* ha experimentado también una gran modificación en el personal de la compañía.

Sentimos en el alma que el señor Banovio se haya contratado para Zaragoza; este apreciable actor se encuentra en el caso de ocupar perennemente un honroso puesto en los principales teatros de la corte. Nos aseguran que le reemplaza el señor Nogueras, del cual se habla ventajosamente con relación a sus buenas facultades artísticas.

En tanto que la corte de España experimenta esa postración canicular que aleja a sus habitantes de todo género de espectáculos, las provincias se aprovechan de la ocasión y se apresuran a llevarse nuestras primeras notabilidades artísticas. En prueba de ello, no hay mas que recorrer los periódicos de provincias para ver las singulares ovaciones de que han sido objeto nuestros principales actores y actrices. La señora doña Matilde Díez ha dejado en Valencia los mas lisongeros recuerdos; don Julian Romea ha sido estrepiosamente aplaudido en Santander; el señor Valero, en la Coruña, donde ha trabajado al lado de la señora Lamadrid; y el cuadro andaluz del *Teatro de la Comedia* ha sido objeto de las mas lisongeras manifestaciones en San Sebastian y en la capital del Principado. Versos, coronas, convites, todo se ha prodigado al señor Dardalla y sus compañeros.

No terminaremos estas ligeras noticias de teatros, sin mencionar el brillante éxito que ha tenido en Oviedo el drama histórico en tres actos y seis cuadros titulado: *Alfonso el Magno ó el castillo de Gauzon*. Su autor, don Nicolás Castor de Caunedo, fué llamado a la escena, y al día siguiente le obsequiaron con una preciosa corona.

Reciba el señor Caunedo nuestro mas cumplido parabien, y deseamos que el buen resultado de esta representación le aliente para continuar trabajando en un género, en el cual promete tanto.

B.***

RESEÑA DE LAS ORDENES MILITARES.

CONDECORACIONES.

Artículo VI.

PORTUGAL.

ORDEN MILITAR DE AVIS.

Del matrimonio que contrajo el conde don Enrique, de la casa de Borgoña, con doña Teresa de Guzman, hija natural del rey de Castilla don Alfonso VI, nació en la villa de Guimares el año de 1094 don Alonso Enriquez, que heredero del condado de Portugal se proclamó monarca del reino Lusitano, despues de haber ganado la famosa batalla de Orique el 23 de julio de 1139. Antes de entrar en acción varios caballeros de aquel condado, hicieron mútuo juramento de no abandonarse en la refriega y de morir unos por otros, sin volver la espalda a la morisma. Este fué el principio de la orden de Avis. El rey portugués, por consejo de Fernando Monteiro, reunió en 1147 aquellos caballeros bajo una forma militar y aparato religioso, siendo aprobada la institucion en 1162 por poder, que para ello dió el obispo de Ostia, legado en España del papa Alejandro III, a Fr. Juan Cerita, abad de San Juan de Taroca.

El traje primitivo de los caballeros se halla ordenado en los antiguos estatutos por el párrafo siguiente: «Traerán un hábito religioso que será una capilla pequeña con su escapulario, hecho de tal suerte, que no sirva de estorbo a los caballeros cuando pelearen. No se repare en el color de los vestidos; usen lo que hallaren mas á mano, segun el tiempo; pero el escapulario y capilla serán siempre de color negro. En la campaña llevarán arneses, espadas y lanzas segun la destreza de cada uno; mas no traerán cosa dorada, excepto la guarnición de la espada y espuelas, esperando en las armas de la fé.»

Un escritor portugués dice que tuvieron su domicilio en Coimbra en un sitio llamado *da Freyria*. Cuando fué aprobada la institucion pasaron a Evora, de la cual tomaron nombre los caballeros, reuniéndose en la iglesia de San Miguel Arcángel fuera de la ciudad, y allí rezaban, se adiestraban en el ejercicio de las armas, y hacían su noviciado. Los votos que se exigían a los caballeros eran el pelear contra los enemigos de la fé, profesar castidad conyugal, y obedecer al maestro.

Don Sancho I, cognominado el Poblador, subió al trono de Portugal, despues de la muerte de su padre don Alonso, y dió a los caballeros de Evora un terreno en la frontera para edificar un castillo. Al echar los cimientos vieron salir de un nido, en lo mas escarpado del monte, dos águilas, y dieron el título de *Avis* a la fortaleza, tomándolo asimismo para su milicia y abandonando el de *caballeros de Evora*.

El año 1332 mudaron el hábito en una cruz flor-delisada verde, colocando dos aves negras en el brazo trasversal de aquella; pero con obligacion de llevar interiormente el escapulario blanco. Para las ceremonias solemnes y concursos eclesiásticos usaron manto largo con cola, cordon al cuello y la cruz al costado izquierdo. En el manto de los novicios el brazo inferior de la cruz no remataba en punta.

Las banderas ó estandartes de la orden fueron de color blanco. Las insignias variaron en su color. Al

principio la cruz fué colorada, igual a la de Calatrava en España, a cuya orden estuvo sujeta la de Avis algun tiempo. Despues fué verde, con dos trabas en los ángulos inferiores y dos aves en los superiores: pasados algunos años colocaron las figuras antedichas a manera de escudo cuartelado, cambiando en los ángulos la traba y el ave.

El sello mayor del convento, y que pendía de los documentos, fué un castillo de tres torres; en la del centro ó sea en la del homenaje estaba la cruz, y en las otras dos se veían las dos águilas negras arrancando a volar. En el reverso del sello estaba grabado un caballero armado, embrazando un escudo que tenía la cruz de la orden, montado en un caballo encubertado, todo con cruces flor-delisadas. Desde que los caballeros quebrantaron la obediencia a la orden de Calatrava no se hallan noticias de banderas, armas ni sello en los archivos. En tiempo del administrador don Jorge, príncipe de la casa real, esto es, por los años de 1492, ya no usaban los caballeros las águilas negras, sino solamente la cruz flor-delisada verde.

La orden de Avis estuvo gobernada por grandes maestros, cuya lista y años de eleccion son los siguientes:

1.º	D. Pedro Alonso, hermano del rey . . .	1162
2.º	D. Gonzalo Viegas, hijo de don Egas Muñiz . . .	1163
3.º	D. Fernando Díaz . . .	1193
4.º	D. Fernan Ruiz Monteyro . . .	1222
5.º	D. Juan Portario . . .	1226
6.º	D. Martin Fernandez . . .	1238
7.º	D. Fernando Suarez . . .	1237
8.º	D. Simon Suarez . . .	1238
9.º	D. Lorenzo Alonso . . .	1260
10.º	D. Garcia Perez . . .	1289
11.º	D. Vasco Alonso . . .	1301
12.º	D. Gil Martinez . . .	1319
13.º	D. Garcia Perez . . .	1320
14.º	D. Gil Perez . . .	1332
15.º	D. Alonso Mendez . . .	1334
16.º	D. Gonzalo Vaz . . .	1336
17.º	D. Juan Rodriguez Pimentel . . .	1340
18.º	D. Sancho Suarez . . .	1344
19.º	D. Diego Garcia . . .	1344
20.º	D. Juan Alonso . . .	1349
21.º	D. Martin Avelar . . .	1333
22.º	D. Egas Martin . . .	1333
23.º	D. Juan, hijo no legitimo del rey don Pedro, y que despues fué rey de Portugal . .	1364
24.º	D. Fernan Ruiz de Sequeira . . .	1386

A la muerte de este gran maestro se suprimió la dignidad superior de la orden, quedando bajo la dependencia de administradores nombrados por la corona. Tales fueron:

- 1.º El infante don Fernando, hijo del rey don Juan I, en 1434.
- 2.º El condestable don Pedro, hijo del infante del mismo nombre y nieto del rey don Juan, en 1443.
- 3.º El príncipe don Juan, en 1464.
- 4.º El príncipe don Alonso, en 1489.
- 5.º Don Jorge de Alencastre, hijo natural de don Juan II, en 1492.

El rey don Manuel, hijo del infante don Fernando, y nieto del rey don Duarte, subió al trono de Portugal en 1495, y en su reinado, mediante concesion apostólica, se unió la administracion y maestrazgo de la orden de Avis a la corona Lusitana.

ORDEN DE CRISTO.

Instituida por don Dionis en el año 1320, aunque el P. Florez quiere que sea en 1318.

Ya hemos dicho en uno de los artículos anteriores, al tratar de la orden de Montesa, que el rey de Aragon recabó y consiguió del papa la cesion de los bienes de los Templarios para una nueva institucion. El rey de Portugal, don Dionis, hizo la misma súplica, enviando a Roma procuradores en el año 1316. Puso ante la consideracion de S. S. las vejaciones y males que sufrían los pueblos fronterizos a los moros, en particular los de los Algarbes, y la facilidad con que en la villa de Castro Marin podían establecerse los nuevos caballeros. El papa Juan XXII otorgó la demanda en Avignon el 13 de marzo de 1319, y la casa principal de la nueva orden se estableció en la villa que he citado arriba. Al hablar del modo y forma de recibirse los caballeros, dice el privilegio: *El cual convento, cabeza de la orden, podrá admitir caballeros lidiadores de la Fé, segun la regla y constituciones de Calatrava.*

Los estatutos ordenaban a los religiosos de esta orden no poder traer otra cosa de lienzo mas que los calzones; que las vestiduras fuesen moderadas y honestas, y que por hábito de religion trajesen escapulario blanco.

Los caballeros de Cristo usaron la capilleta ó capucha pegada a la sobrevesta, que usaban los caballeros de Calatrava, hasta que en 1390 mudaron el hábito en una cruz latina roja, potenziada, abierta en el centro de los cuatro brazos, y mostrando otra cruz natural blanca; para denotar la humanidad de N. S. J. C. teñida en sangre sobre el blanco de su pureza y divinidad.

El estandarte fué blanco, y cuadrado en la forma, y en medio la cruz de la orden. El sello no tuvo mas

que la mencionada cruz y el escudo de las quinas portuguesas.

En el capítulo general celebrado en 1303 se determinó que la cruz no fuese ni grande ni chica, y que solo los comendadores la tragesen de seda con cordillo del mismo color, y no de plata ú oro.

GRANDES MAESTRES DE LA ORDEN.

- 1.º D. Gil Martinez: falleció en. 1321
- 2.º D. Juan Lorencio. 1326
- 3.º D. Martin Gonzalez Leitan. 1333
- 4.º D. Esteban Gonzalez Leitan. 1344
- 5.º D. Rodrigo Yañez. 1336
- 6.º D. Nuño Rodriguez, por otro nombre don Nuño Freyre de Andrade. 1372
- 7.º D. Lope Diaz de Sousa. 1417
- 8.º El infante don Enrique reformó la regla de la orden por comision del papa Eugenio IV y gobernado 40 años el maestrazgo: murió en. 1460
- 9.º El infante don Fernando, hasta. 1470
10. El duque don Diego, hijo del dicho infante, y siendo de corta edad, gobernó la orden su madre doña Beatriz, mediante bula pontificia; cuando fué de edad competente, tomó el gobierno, y le tuvo hasta su muerte en. 1484
11. El duque don Manuel, hasta. 1584

Este último maestro subió al trono de Portugal en 1495, y su sucesor don Juan III alcanzó el papa Adriano en 1522 la administracion de la orden, uniéndose los maestrazgos á la corona Lusitana en 1530 por concesion del pontífice Julio III.

ORDEN DE SANTIAGO.

Hasta el año 1290 los caballeros de Santiago, en Portugal, estuvieron subordinados al maestrazgo de Castilla y Leon; pero el 17 de setiembre espidió en Aguleya el pontífice Nicolás IV una bula, facultando al rey don Dionis para instituir maestrazgo en su reino, siendo sus respectivos gefes

- D. Juan Fernandez.
- D. Lorenzo Yañez Alcaforado.
- D. Pedro Estazo.
- D. García Perez.
- D. Vasco Moreno.
- D. Gil Fernandez de Carvallo.
- D. Esteban Gonzalez de Meyra.
- D. Fernando Alonso de Alburquerque.
- Men Rodriguez de Vasconcelos.

Y sucesivamente los infantes de la real casa, hasta el rey don Manuel, que unió el maestrazgo á la corona.

La villa de Palmela fué la cabeza de la orden de Santiago, y allí se instituyó una dignidad de prior mayor, despues de la anexion del maestrazgo.

R. MEDEL.

PORTE HISTORICA.

LA BATALLA DE SAN QUINTIN

Y EL REAL SITIO DE SAN LORENZO.

I.

Pocas batallas han dejado el perenne y glorioso recuerdo que la de San Quintin, pocos monumentos han debido su fundacion á tan digna causa como el de San Lorenzo.

«Quebrantada la paz, dice Mariana, por los franceses, volvió á encenderse la guerra con mas furor en las fronteras de Flandes, como si las treguas se hubiesen pactado únicamente para disponer con mas tiempo los preparativos.»

Del francés fué la iniciativa de nuevas derramas de sangre; por mucha que se vertiera no podia caer la responsabilidad sobre el español. Aceptaba el reto como caballero, peleaba como noble, vencía como valiente.

No era ya el que gobernaba en España el invicto César, el infatigable guerrero que, como de él ha dicho un moderno historiador, daba leyes á los países conquistándoles, no era el vencedor de Pavía, no era, en fin, Carlos I el que ocupaba el trono de los inolvidables reyes católicos, era su hijo mas conocido como religioso que como guerrero, mas político que militar, era Felipe II, que en nada se parecia á su padre. Había trocado este por el manto imperial, el tosco sayal del monge, el belicoso ruido de los camamentos, por la dulce tranquilidad de los claustros; y al sucederle Felipe, mas parece que había heredado con la corona el corazon del religioso que el del héroe. Pero era español, y la afrenta del francés debía vengarla. El duque Filiberto de Saboya fué el encargado: encomendó un poderoso ejército, y con él y los aliados que se le agregaron aprestóse á la lucha. Eranle amigos varios príncipes de Alemania y un ejército inglés, cuya nacion declaró la guerra á la Francia.

El principal campo de batalla iba á ser la importante plaza de San Quintin, asentada en terreno pantanoso cerca del río Somma. Por su posicion era la llave

de la Francia; por su importancia debía ser su conquista el preludio de la de las demas plazas hasta llegar á la capital. Por eso se atribuye con fundamento á don Carlos que, al saber en Yuste la victoria de San Quintin, preguntó si el rey don Felipe estaba ya en París.

Bien sitiada tenia Filiberto la plaza, y era grande el apuro en que se veía la guarnicion. Monmorenci, jefe de las fuerzas enemigas, ofreció socorrer á toda costa á los sitiados, aunque tuviera que arriesgar una batalla. Creía sin duda que así como habían penetrado los primeros auxilios, entrarían los que nuevamente necesitaban, sin embargo de la valerosa oposicion del español Navarrete, que con sus tropas rechazó varias veces á las contrarias.

Veinte y tres mil hombres pone el general francés en movimiento el día de San Lorenzo: toma posiciones, coloca acertadamente su artillería, y recibe de este modo á las fuerzas de Filiberto que determina dar una batalla decisiva. La caballería francesa, á pesar de su valor, no resiste el ímpetu de la nuestra, y son desbaratados sus escuadrones, viéndose dispersos por aquellos campos los aferrados coraceros á quienes impedía correr el peso de sus corazas. En el desorden de la fuga caen sobre su misma infantería, y causando una espantosa confusion, se inutilizan unos á otros, y se hacen mutuamente tanto destrozo como el que les causaban las lanzas enemigas.

Nada podia ya ordenar Monmorenci: en vez de cuerpos á quienes mandar, solo tenia enjambres de dispersos, sin jefe y sin guías. Unos soldados entregan las armas, otros huyen perseguidos á los bosques, y el campo estaba sembrado de cadáveres y heridos, de pertrechos y municiones.

A diez mil hombres hacen algunos historiadores ascender la pérdida del francés, contándose ilustres nombres entre el número de los muertos, y hallándose en el de los prisioneros el del condestable Monmorenci, general del ejército, que fué herido en un muslo, su hijo menor Montpensier, Longueville, y otros y otros. Cuéntanse entre los prisioneros 2,000 nobles y 4,000 soldados: se tomaron 20 cañones de todos tamaños, 90 banderas, y 300 carros cargados de víveres, municiones y bagages.

Tal victoria fué solo debida á la caballería, única fuerza que tomó parte en la batalla, por no haber llegado á tiempo la infantería. Esta, sin embargo, sirvió luego para apoderarse de las fortificaciones y completar el triunfo, cuyo magnífico trofeo es el monasterio de San Lorenzo, dedicado al santo mártir en conmemoracion del día de la pelea.

II.

El templo que Felipe II elevó al Dios de las batallas quiso erigirle lejos del bullicio de la corte, y á la vista de la mansion real; y escogió al efecto el sitio en que hoy se halla, asentado en la falda de una cordillera de montes que sale de las sierras de Guadarrama, en terreno fértil y fresco, de abundantes aguas, y que parece el mirador de un bellísimo panorama.

Se decide el monarca á ofrecerlo á la orden de San Gerónimo; la invita á que envíe monges fundadores, y formada la congregacion, toma posesion del terreno, lo desmontan y se procede á abrir los cimientos bajo el plan y diseño de Juan Bautista de Toledo, que era el arquitecto encargado de la obra.

El 23 de abril de 1583 se colocó la primera piedra del edificio con solemne ceremonia, y con no menos ostentacion asentó el rey la primera del templo el 20 de agosto. El 13 de setiembre de 1584 se puso la última de toda la obra, y el 10 de agosto de 1586 se celebró la primera funcion religiosa con régio aparato.

Felipe II y su época quedaron retratados en este magnífico trofeo de gloria, en esta verdadera maravilla.

«....Chimque verso lei volta le ciglia
dice, che i fondatori ebber concetto
di fabricar l'outava maraviglia.»

Hoy que carece el monasterio de su tesoro de alhajas (1), de sus mas inapreciables cuadros, y que el tiempo destructor va estampando sus huellas en aquella fábrica que parece desafiar el poder de los siglos, es visitado, sin embargo, por propios y extraños que contemplan con pasmosa admiracion aquel grandioso conjunto, de imponente aspecto, de severa religiosidad, y que es bello á la par que adusto. Hasta el terreno en que se asienta el monasterio, las cenicientas montañas que le rodean al Occidente, parece erizado todo por la naturaleza para aquel edificio, así como la obra parece hecha para aquel sitio.

El Dios de las batallas á quien Felipe II agradeció el triunfo de San Quintin, merece un templo como el de San Lorenzo el Real; y este monasterio merece á Dios.

Solo examinándole cuidadosamente se puede comprender su grandezza, y solo á la vista de aquella inmensa mole de granito, y colocado uno en cualquiera de las alturas que le dominan, y tendiendo la vista por los alrededores del monasterio, se penetra el sublime pensamiento del autor, y se lisonjeará nuestra vanidad colocándonos á su altura solamente porque acertamos á comprenderla.

A. PIRALA.

(1) Sobre lo cual podíamos hacer un grave y quizá justo cargo á los monges que lo habitaban en tiempo de la invasion francesa, porque pudieron evitar su rapacidad escondiéndolas en aquel laberinto de desconocidos subterráneos.

BATALLA DE LAS NAVAS DE ESQUIROZ.

I.

A principios del año de 1312 era rey de Navarra don Juan de Labrit, casado con doña Catalina: don Juan era pariente y aliado de Luis XII, rey de Francia, y así es que se unió á él para apoderarse del Milanesado, pues Luis XII era heredero á la corona ducal de Milan, por los derechos de Valentina Visconti. Luego que el rey de Francia se apoderó del Milanesado, puso sus miras en la Italia meridional; pero para no tener por enemigo en esta empresa al rey católico, le propuso el repartimiento del reino de Nápoles, y don Fernando accedió. Apoderados del reino de Nápoles, rñeron españoles y franceses por el repartimiento, unos y otros querian la mejor parte; los franceses incomodados volvieron las armas contra los españoles; pero fueron batidos completamente en Cerinola, se retiraron al río Garella; pero allí sufrieron otra derrota tan grande como la primera, y quedó el reino de Nápoles por los españoles.

Poco tiempo despues se formó una liga contra los franceses y el rey de Navarra, y tomó el nombre de Union Santa, porque entraban en ella el papa, los venecianos, los suizos y el rey católico: el resultado de esta guerra fué la total evacuacion de la Italia por los franceses. El ducado de Milan se dió á Maximiliano Sforza, pero separando de él los ducados de Parma y Plasencia que el papa quiso reunir á sus estados.

El rey católico sacó mejores ventajas de la liga, conquistando el reino de Navarra, pues envió al duque de Alba con un grande ejército, puso sitio á Pamplona, la cual capituló el 24 de julio de 1312, fugándose el rey don Juan á Francia.

II.

El año de 1313 subió al trono de Francia Francisco I, en su coronacion tomó el título de duque de Milan, y habiendo hecho grandes preparativos, pasó allá con un grande ejército, venció á los suizos en Mariñan y se apoderó del Milanesado, despojando á Sforza. Solo el rey católico tenia bastante poder para contrarrestar á Francisco I, pero murió entonces, dejando por heredero á su nieto el archiduque Carlos, pero hasta que este cumpliera 20 años, dejaba por regente del reino al cardenal de España Jimenez de Cisneros. El tratado de Noyon arregló las condiciones de paz entre Francisco I, los señores de Italia y el archiduque Carlos.

La paz entre España y Francia continuó en virtud del tratado de Noyon, y entretanto vino Carlos á España, rogado por los regentes y el consejo de Castilla, desembarcó en Villaviciosa de Asturias, y apenas fué jurado por todas las ciudades de España, cuando la muerte de su abuelo Maximiliano, emperador de Alemania, le dejaba por heredero, y los vocales del cuerpo germánico le eligieron por legítimo sucesor, se vió precisado á marchar; pero necesitaba dinero, y en las cortes que convocó en Santiago y la Coruña exigió algunas sumas, y dejó por gobernador en su ausencia al cardenal Adriano de Utrech, pues había muerto Cisneros. Esto desagradó notablemente á los castellanos, tanto por el objeto, como por la novedad de celebrar las cortes de Castilla y Leon en Galicia. Los procuradores de Toledo, Salamanca y varias ciudades, le salieron al encuentro en Valladolid, donde se hallaba de paso para Santiago. Pero informado secretamente de que querian se señalase otra ciudad para las cortes, que no pudiese en ellas servicio alguno, que se prohibiese á los extranjeros conferir empleos públicos, extraer moneda del reino, etc.

Don Carlos se escusó de oírlos, y se abrieron las cortes por abril de 1520, pero no se pudo concluir nada, porque los procuradores de muchas ciudades se negaron á conceder el servicio, que era el objeto principal de las cortes. Don Carlos se irritó, trasladó las cortes á la Coruña, y desterró al procurador de Toledo, que era el mas fuerte.

III.

Las cortes de la Coruña se concluyeron á principios de mayo, á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades, y pudo conseguir don Carlos el donativo de doscientos millones de maravedises en tres años; pero no dejaron de insistir en que á nadie se le permitiese extraer moneda del reino, sopena de la vida, que los empleos se diesen á nacionales, y que los gobernadores fuesen españoles. Don Carlos declaró gobernador al cardenal Adriano, y se hizo á la vela el 20 de mayo. En Toledo, exasperados por el destierro de su procurador, y porque los empleos se daban á extranjeros, se conmovieron y tomaron las armas acudillados por Padilla. En Zamora mandados por Acuña; en Segovia por Bravo, etc.; y en un momento cundió la insurreccion por las ciudades de Avila, Leon, Alcalá, Guadalajara, Sigüenza, Medina del Campo, Cuenca, Baeza, Jaen y otras muchas.

Los comuneros de Madrid se apoderaron del gobierno y le entregaron á personas de su satisfaccion; en Burgos se apoderaron del alcázar; en Valladolid quisieron hacer presos al presidente y chancillería, y el cardenal tuvo que huir disfrazado á Rioseco.

Entretanto Francisco I, cuando vió que reunía Carlos en sí los reinos de España, Nápoles, Alemania y los Países Bajos, empezó á buscarle enemigos, y el primero á quien buscó fué al rey de Inglaterra Enri-

que VIII, con quien tuvo una entrevista; pero Carlos V, mas previsor, habia predispuesto en su favor á Enrique. Resuelto, sin embargo, Francisco I á hacerle la guerra, envió á Enrique de Labrit contra la Navarra con un poderoso ejército francés, el cual penetró sin resistencia hasta el castillo de Pamplona defendido por el bizarro don Ignacio Loyola, despues fundador de la compañía de Jesus; pero luego que este fué herido, el castillo capituló, y toda la Navarra quedó sujeta al vencedor en 1521.

IV.

Los comuneros de varias ciudades se reunieron, y se apoderaron de Tordesillas: llevándose consigo á la reina madre doña Juana la Loca tomaron su nombre, y dieron el mando de las tropas á Pedro Giron. Los soldados de Acuña se sublevaron, confiando mas en este que en Giron; Padilla descontento de la eleccion se retiró á Toledo. Los realistas dieron el mando al conde de Haro, el cual, reuniendo las tropas que permanecian fieles, salió de Torrelabaton, y fué contra Tordesillas, la cual, como capital del reino, estaba fortificada y tenia de guarnicion 500 infantes, 200 caballos y un batallon de clérigos zamoranos, que reunió Acuña, guardando la reina y la junta. El conde de Haro envió un parlamento á la ciudad para que se rindiese, pero los comuneros no hicieron caso, y se dió el asalto; este fué reñido, especialmente el batallon de clérigos opuso una fuerte resistencia, pero murió la mayor parte, y vencieron los realistas, pero con grande pérdida, salvaron á la reina y se apoderaron de Tordesillas. Giron huyó al pueblo de sus padres dejando el mando, en donde fué testigo indiferente de la guerra, se dió el mando á Padilla, y despues de varios sucesos ya favorables, ya adversos á los dos partidos, los comuneros presentaron la batalla en Rioseco, pero la rehusaron los realistas; Padilla se apoderó de Torrelabaton, pero noticioso de que los realistas querian atacarle allí, trató de refugiarse á Toro, pero alcanzado en Villalar, atacado por el frente y flancos y habiendo sobrevenido una recia borrasca que daba en los ojos á los comuneros, fueron estos derrotados y cogidos prisioneros sus principales gefes, Padilla, Bravo, y Maldonado, y al dia siguiente degollados públicamente en Valladolid, pereciendo con ellos las libertades de Castilla.

V.

El conde de Haro podia muy bien apoderarse de Toledo; pero como los franceses se habian apoderado de Navarra, y amenazaban entrar en Castilla y apoderarse de Logroño, el ejército fué á Burgos en lugar de ir á Toledo, y allí se dió el mando al duque de Nájera, el cual voló contra los franceses. Sabedores estos de que el ejército español venia contra ellos se retiraron de las fronteras de Castilla hácia Pamplona. Los castellanos enviaron adelante la caballería, la cual alcanzó á los franceses en las Navas de Esquivós, pueblo pequeño, situado á tres cuartos de legua de Pamplona. Los franceses hicieron frente á la caballería española, y entretanto llegó el grueso del ejército. Los franceses deseaban llegar á Pamplona, donde podrian sostener si fuese necesario un largo asedio hasta recibir socorro de Francia, ya por los muchos comestibles y municiones que habian reunido, y ya tambien porque tenian mas tropas en dicha ciudad; á los castellanos venian de socorro muchísimos navarros disgustados de los franceses, y á estos últimos al contrario, cada momento se desertaban mas: por fin despues de cuatro horas de tan reñido combate, el general francés, Asparros, por recobrar una porcion de cañones, que les habian cogido entre muy pocos castellanos, se arrojó demasiado, los suyos le abandonaron, y cayó prisionero, entonces huyeron los pocos franceses que oponian resistencia, y la batalla quedó por los castellanos, habiendo perdido los franceses mas de mil hombres, toda la artillería, caballería y bagages. Cuando llegó la noticia de la derrota á Pamplona, los franceses que habia de guarnicion, abandonaron la ciudad fugándose hácia Francia, adonde no llegaron mas que algunos coraceros de caballería para dar noticia de la derrota, pues los demas, por donde quiera que pasaban, echaban la culpa de su derrota á los navarros, y cometian muchos desórdenes, por lo que enfadados los navarros, degollaron á todos los que encontraron, menos á los pocos coraceros que se salvaron por la ligereza de sus caballos. Pamplona quedó el mismo dia de la batalla, el 25 de julio de 1521, en poder de los castellanos, con esto quedó la España en paz á escepcion de Toledo, la que defendió la muger de Padilla, doña María de Pacheco, la cual, despues de haber defendido el alcázar tres meses, tuvo que huir con un hijo á Portugal, y Toledo se entregó al marqués de Villena.

A. y N. N.

AGUAS TERMALES.

Explicase este fenómeno como uno de los efectos producidos por la accion, mas ó menos inmediata, del calor central que hace salir á la superficie las sustancias fundidas, bien sea en estado de lava, ó bien sublimadas en estado gaseoso y vapor de agua, predominando por lo general las emanaciones sulfurosas.

La materia inerte de nuestro globo tiene tambien su especie de vida, si estendemos el significado de esta voz á todo lo que sea destruccion y reproduccion de las especies y de los individuos. La accion de las aguas y demas agentes atmosféricos lavan y hacen desaparecer las rocas en ciertas localidades, y depositando despues sus destrozos en otros sitios, dan lugar á la formacion de nuevas rocas que llegan á hacerse duras y compactas. En el gran foco del calor central deben estar cayendo continuamente trozos de la parte inferior de la corteza terrestre que le sirven, digámoslo así, de alimento para conservar su incandescencia, y al mismo tiempo por las bocas de los cráteres salen las materias fundidas que, corriendo líquidas por la superficie, se enfrian y se consolidan, constituyendo rocas de una especie diferente. La electricidad y los agentes químicos descomponen y destruyen en una parte ciertos individuos del reino mineral, y causas análogas reproducen en otra parte los mismos individuos, ó tal vez otros de distinta especie, con toda la perfeccion de formas geométricas de que dispone la naturaleza bajo circunstancias dadas. El estudio de estos fenómenos es, seguramente, la parte mas sublime de la geología.

En muchas rocas yesosas se ve distintamente la posición que sucesivamente han tenido sus capas de cal.

Conteniendo todo liquido mayor cantidad de sales en disolucion cuando es su temperatura elevada, llegándose á enfriar los manantiales depositan en el terreno parte de las sustancias que llevaban, resultando unas tobas ó incrustaciones, colocadas con mas ó menos regularidad, segun ha sido rápida ó mansa la corriente. Causa ciertamente admiracion considerar el tiempo que debe haber trascurrido para dar lugar á la formacion lenta y sucesiva de las grandes masas de toba calcárea que se hallan en tantos sitios constituyendo en muchos una roca tan dura y tan compacta que solo cede á la accion de la pólvora. Y de ningun modo puede ponerse en duda su origen tobáceo, ó de deposicion, tanto por su colocacion, como por su estructura, de capas delgadas, uniformes, y ligeramente inclinadas en la direccion que ha llevado la corriente.

En comunicacion mas ó menos directa con el calor central las aguas que salen calientes, que descomponen las rocas naturales, y forman á la vez otras con sus sedimentos, obsérvese tambien que aumentan y disminuyen, variando tambien su curso, todo lo cual depende de los obstáculos y facilidades que estas descomposiciones y sedimentos ofrecen al paso de aquellas. En apoyo de esta teoría cita el ilustrado ingeniero de minas don Joaquin Ezquerro del Bayo, los célebres baños de Carlsbad en Bohemia, donde de uno han aumentado á 15 los surtidores.

MOSAICO.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 12 de agosto.—Año de 1809. Evacuan los españoles al castillo de Monjuich de Girona.—1837. Llega á Madrid la division del conde de Luchana.

DIA 13.—1836. Decreto mandando publicar la Constitucion de 1812.—1838. Se establecen las baterías al frente de Morella.

DIA 14.—Ocupacion de Santander por las tropas del general Porlier, haciendo prisionera la guarnicion.—1835. Llega á Santander el general Evans, gefe de la legion inglesa.—1839. Accion de Villareal.

DIA 15.—1808. Levantan los franceses el sitio de Zaragoza, y se retiran á Tudela.—1812. Capitulacion de la guarnicion francesa del Buen Retiro.—1838. Comienza con un horroroso fuego el ataque sobre la plaza de Morella, y la situacion entonces de ambos partidos liberal y carlista, comenzó á ser critica. Si empeño habia en el ataque, no era menor el de la defensa; uno y otro se formalizaron completamente, ocupando Merino el monte llamado la Muela, una de las mas importantes y peligrosas posiciones. Despues de haberse derramado abundante sangre española ante los muros de Morella, se vieron precisadas las tropas de la reina á levantar el sitio y retirarse á Alcañiz, y Merino y Cabañero fueron encargados de molestar al ejército liberal en su retirada.

DIA 16.—1808. La guarnicion de Girona derrota al ejército francés que la sitiaba, y le obliga á levantar el sitio.—1839. Accion de Sodupe.

DIA 17.—1808.—El marqués de la Romana, digno general español, se embarcó en el Norte con sus tropas, para venir á socorrer á sus compatriotas.—1836. Accion de Lanz.

DIA 18.—1810 El cuerpo del ejército francés, al cargo del general Macdonal se sitúa en Reus y sus inmediaciones.—1812. Ríndese la guarnicion francesa de Astorga, compuesta de 1,200 hombres.—1813. Evacua Suchet á Tarragona, haciendo volar el antiguo recinto y las demas fortificaciones que quedaban en aquella plaza célebre, desde el tiempo de los romanos.

CINCO MIL MUERTES.—Un empleado que habia quedado cesante, comenzó á decir en público que la pérdida de su empleo podria costar la vida á mas de 5,000 personas. Súpolo el encargado de policía, y le hizo conducir á su presencia.

—¿Qué quiere vd. significar con su fanfarronada? le preguntó.

—Yo, señor, no trato de hacer mal á nadie, y he querido decir que me iba á revalidar de médico, porque he estudiado medicina.

LONGEVIDAD. Fr. Veremundo Nereguela, cura de San Juan del Poyo en el reino de Galicia, dió una certificación por la cual constaba, que en sola su parroquia habia administrado los sacramentos en el año de 1724 á Bartolomé de Villanueva de edad

	Años.
De.	127
Bartolomé de la Graña.	120
Marta García.	118
Alberto Solla.	117
Luisa Solla, su hermana.	113
Benito Perez, su marido.	110
Jacinto Diez.	116
Alonso Otero.	115
Maria Mourina.	112
Domingo Gonzalez.	110
Antonio Parada.	116
Antonio Parada de Fontela.	113
Catalina Fernandez.	110

Igualmente se cita un labrador de Fefiñanes, tambien en Galicia, que vivió cuando menos ciento cuarenta y seis años.

Todos estos, gente pobre que se mantenía de pan de maiz, berzas cocidas, puches de leche y harina de maiz, y rara vez bebían vino, y comían carne de vaca por extraordinario.

Toros y caballos muertos en la Plaza de Madrid desde 1832 á 43 inclusive.

Años.	Toros.	Caballos.
1832	174	260
33	223	216
34	165	214
35	199	237
36	150	166
37	172	194
38	178	201
39	177	176
40	101	143
41	127	161
42	135	178
43	124	196
44	159	252
45	173	333
	2237	2934

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

CUENTAN DE UN CORREGIDOR NADA BOBO,
QUE SIEMPRE QUE AL BUEN SEÑOR DELATABAN MUERTE O ROBO,
ATAJABA AL ESCRIBANO QUE LEIA LA QUERRELLA,
DICIENDOLE, AL GRANO, AL GRANO, ¿QUIEN ES ELLA?

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establ. ecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.